

CUANDO EL VIENTO ERA POLVAREDA

Wilson Culcay



EDITORIAL QUEYÁM

Copyright 2025 Compañía Editorial
© Editorial QUEYÁM Cía. Ltda.
© Wilson Eduardo Culcay Céspedes

Pérez de Anda 01-180 y Castillo
Ambato – Ecuador
Teléfono: (+593) 96 239 7155
editorial@queyam.com

Primera edición

ISBN:

978-9942-7409-6-0

Fecha de publicación:

2025

AUTOR:

Wilson Culcay Céspedes

Equipo editorial

Director:

Diego Bonilla Jurado

Coordinador editorial:

Fernanda Núñez Ambato

Editor literario:

Anabel Salinas Morales

Diseño y diagramación:

Fernando Ortiz Betancourt

© Editorial QUEYÁM Cía. Ltda., 2025.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin autorización previa de la editorial.

CUANDO EL VIENTO ERA POLVAREDA



1 EL PASAJERO
INOCENTE

17 EL
CHOMBO

27 DON
SOFOCO

35 EL
SACRISTÁN

45 EL CURA DE LA
ALAS ROTAS

55 EL ÁNGEL
PERDIDO

69 EL
ZAPATO

75 EL ÁNGEL
QUE ME AMÓ

EL PASAJERO INOCENTE



— Bueno, se dijo Clodoveo, aquí estoy.

En la parada de autobús que a esas horas de la madrugada estaba casi desierta, a no ser por la presencia del perro lastimoso que dormía acurrucado, aún no habían llegado ninguno de los buses que harían el trabajo de la jornada de ese día.

Todavía era muy temprano en la madrugada, apenas las 04:30 y el frío era el amo y señor de las esquinas desiertas.

Clodoveo se arropó un poco más con el poncho de lanas que su madre le había comprado algunos veranos atrás, en un afán inútil de resistirse al frío, y fue como si sintiese la mano de la señora Ercilia su madre, que le alzaba el cuello y le prodigaba el calor que tanto necesitaba.

— Andá mijito, taitico –le dijo al despedirle– Andá y estudiarás bastante en el seminario. Verás el sacrificio que estamos haciendo nosotros. Ojalá resultaras un buen padrecito–le conminó.

Y hete aquí, con el cajón de madera bruñido de laca y lleno de ropa que su madre había comprado, esperando el bus que le lleve a ese destino incierto y desconocido que era el seminario de Atocha.

Había terminado la escuela en el caserío viejo de Ladrillo, a trompicones, pues algo lento era para las entendederas, y creo que el maestro se cansó de tenerle repitiendo cada año, porque de golpe le ubicó en el último año escolar, y así se vio un día, recibiendo el diploma de haber terminado la escuela.

Y dos semanas más tarde el cura Barrionuevo, el domingo que fue a oficiar misa en la comuna, como cada quince días, necesitando un monaguillo se fijó en él y de buenas a primeras le puso el hábito de acólito, ese ropaje colorado con casulla blanca que tan bien le quedó y que fue la envidia de los niños del lugar.

Ni qué decir de la señora Ercilia que vio en su único hijo el ángel enviado de Dios, y en ese acontecimiento, la señal de lo que, según ella, curuchupa pueblerina, Dios quería para su hijo.

- Taita Curita, eso es lo que va a ser miyo, le dijo a su esposo esa misma tarde.
- Taita Curita, le siguió repitiendo incansablemente durante los dos siguientes meses del período vacacional.
- Taita Curita, día y noche, noche y día, incasable, indoblegablemente, hasta lograr que el buen hombre cansado de tanta insistencia dijera.
- Bueno, pero no creo que le acepten, medio burro es, e inocente también.

Y con el visto bueno logrado, la buena campesina empezó a cercar al cura Barrionuevo, cada día desde el amanecer hasta el atardecer.

Bajaba las laderas de la montaña, por los chaquiñanes polvorientos, apenas clareaba el día para aposentarse a la puerta de la curia a esperar al cura que había sido la revelación del mandato de Dios para con su hijo.

La primera vez que se lo dijo, el cura sorprendido la miró un poco extrañado e incrédulo, pues conocía las limitadas capacidades económicas de esa gente, así como la estrecha vía neuronal de la inteligencia del muchacho.

Y le aconsejó que se olvidara de esa pretensión. La curia bien es cierta, necesitaba pastores, pero no idiotas ni inocentes bobalicones para enseñar los caminos de Dios a una feligresía que lo haría pasto de su crueldad. Y ni hablar de ponerlo a catequizar a todo un pueblo con esa inocencia y candor que solo da la estrecha vía cerebral del idiota en ciernes que era ese muchacho.

Pero igual que con el esposo, la buena señora Ercilia no descansaba en el acoso al cura. Todos los días, todos los fines de semana, al finalizar las misas, o los bautizos, o los casamientos, o los funerales, allí estaba ella.

— Padrecito, miijo tiene que ser Taita Curita como usted. Ayúdelo a que llegue al seminario y ya verá usted después como se le abre el entendimiento.

Y el cura capeaba la lluvia torrencial y clamorosa de la anciana como a bien podía. Unas veces escapando por la puerta trasera de la curia, en otras saliendo a carreras haciéndose el ocupadísimo, y la mayoría de las veces, mandando con su criada a ver por el resquicio de la puerta si de pronto ella estaba allí y discurrir una estrategia oportuna para eludirla.

Y así día tras día.

Hasta que pocos días antes de que empezara el nuevo año escolar, el cura se rindió. Más que nada, cuando encontró a la puerta de la curia, la avalancha de canastos y sacos de yute llenos de papas y coles y lechugas y tomates y choclos que la buena anciana recogió de sus chacras creyendo que ese empujoncito era lo que el cura esperaba para ayudar a su muchacho.

Y cierto, la ayuda le llegó.

El buen cura le presentó al rector una versión mejorada de lo que realidad era el muchacho, y el reverendo aceptó matricularlo previo el pago de la media beca.

Y ahora, estaba allí, a la vera de la estación de los carros, esperando uno que lo lleve a ese incierto destino que era el seminario de Atocha.

— Ah, Clodoveo, qué te esperará allá, se dijo. Y al mismo tiempo se fijó en su mente la imagen de él mismo, con sotana negra y una biblia en la mano.

Sonrió para sus adentros, y ese momento llegó el carro que se parqueó a su lado.

— Ambato, Ambato! Gritó el chulío.

— ¿Vas para Ambato? Le dijo el oficial

Y él contestó,

— No, para Atocha.

— Pero primero tienes que llegar a Ambato, pues, ¡bruto! – Le espetó el cholo– Sube rápido antes de que te quedes botado.

Clareaba el día cuando el pesado carromato lleno de pueblerinos apiñados que habían soportado el viaje en medio de gallinas y chanchos que iban a la feria, llegó a la vieja plazuela de Ambato que oficiaban por entonces de terminal de pasajeros.

Cientos de carros parqueados como les dieran la gana a sus conductores se apelotonaban en el terreno pedregoso y allí fue donde Clodoveo se apeó del vehículo un cierto lunes de mil novecientos sesenta y tres.

Se desorientó al principio y luego se armó de valor para preguntar a la gente por donde debía coger para llegar a Atocha.

Alguien se lo dijo y el emprendió el camino con la pesada maleta auestas sobre sus hombros. Calle tras calle con sus botines de suela gruesa fue andando cada vez más cansado hasta llegar a orillas del desfiladero por donde discurre el río del mismo nombre de la ciudad y ya solo le quedó el último tramo que era descender por el viejo chaquiñán, cruzar el puente de piedra y ascender unos pocos cientos de metros para llegar a su destino.

Años más tarde me dijo, que nunca entendió porque su madre le envió solo, a él que era un inocente muchacho, en semejante travesía.

Pero yo sí que lo entendí.

La buena señora sabía que su hijo estaba estigmatizado como idiota e incapaz de llevar a cabo acciones elementales por sí solo, y esa fue su manera de demostrar a los curas que no era así.

Y el viejo cura Monge, español de vieja prosapia, pareció entenderlo también del mismo modo, cuando confió a Clodoveo a sus maestros, y a lo largo de los años con uno que otro sobresalto, el muchacho no lo defraudó del todo.

Porque ponía empeño en estudiar. Se aprendía de memoria las lecciones de todas las materias que en el centro educativo se dictaban. Aunque para el siguiente día no recordaba absolutamente nada.

Y ese era su calvario y por eso tenía que estudiar todo el tiempo. Siempre con un cuaderno o un libro en las manos, caminaba cabizbajo por los pasillos del alma mater rumiando la lección de química o geografía o lo que fuera.

Porque cada día era más grande el tamaño de lo que debía aprender. Y al siguiente aumentaba con lo que le habían enseñado hoy. Entonces no tenía tiempo para los juegos ni las distracciones, excepto los jueves en que por la tarde toda la camada de seminaristas salíamos a la caminata semanal por los campos aledaños a la gran ciudad.

Esa era su mayor distracción y era allí cuando era realmente feliz.

Bajo la mirada de águila del cura Monge, Clodoveo fue poniendo hitos en su desarrollo tanto físico como intelectual.

En los sermones matinales de todos los días, la castidad era el tema mayormente tratado, de seguro porque los curas sabían que manejaban una manada de potros briosos en campo abierto, y de alguna manera muy sutil querían ponernos a todos en el redil de la abstinencia.

— La virginidad, hijos— decía el cura Monge— la virginidad es el mayor don que un hijo de Dios debe saber cuidar. El cuerpo que Dios Nuestro Señor os ha dado no debe ser mancillado jamás con pensamientos impuros que os lleven a la masturbación. No os hagáis la paja chavales. O quedareis ciegos y embrutecidos. Sobre todo, no pequéis, pues pecado es ante Dios esa práctica malsana.

Así todos los días.

Con su voz de cura milagrero advertía terribles castigos infernales para el desgraciado que se atreviera a consolarse en los servicios higiénicos, o tarde de la madrugada cuando despertábamos sudando nuestros sueños eróticos en medios de tal ansiedad por conocer las delicias escondidas y mal vistas y soñadas en nuestros desvaríos de adolescentes.

Con semejantes visiones apocalípticas, Clodoveo nunca se masturbó.

Y como era simple e inocente, pasó sus mejores años mirando de reojo a las mujeres sin atinar jamás a decirles nada, en una espera inútil por que alguna vez, la suerte le trajera como si se sacar la lotería, una mujer que quisiera ser su mujer y que entibiara su lecho y que le llenara la madia cama que todas las noches le sobraba.

Y que le descubriera ese misterio que el solo atinaba a imaginar cuando miraba libidinosamente el triángulo montevenusino de sus vecinas, aunque más luego, en su memoria apareciera el cura Monge con su admonitiva mirada severa, y él se entregaba al rezo de cien padrenuestros y cien avemarías para ahogar su culpa y el pecado del vicio que nunca llegó a consumir.

Como tampoco logró en todos los años de seminario que sus condiscípulos le respetaran.

— Clodoveo, dame el mate que me meo!! Le gritaban cuando estaba abstraído en su estudio o en el rezo del infaltable rosario de todos los días.

No recuerdo cuantas veces me peleé con mis compañeros por defenderle. Cada vez que alcanzaba a mirar alguna trastada que le hacían, allí estaba yo para sacar la cara por él. Aunque él mismo terminaba por aceptarlos porque su alma era incapaz de odiar a nadie.

Siempre estaba junto a mí en las horas de recreo y así fuimos estableciendo una especie de simbiosis, yo necesitado de su inocencia y el de mi cruda manera de ver la vida.

Un día el severo guardián ensotonado del cura Monge me mandó llamar con uno de mis condiscípulos, el cual llegó a avisarme con una expresión de alarma en su rostro.

— Dice el padre Monge que te presentes de inmediato en su oficina.

Y el Clodoveo que se hallaba invariablemente a mi lado, me dijo:

— Ahora sí creo que le han descubierto el truco de los libros.

— La lengua se te haga chicharrón – dije yo algo preocupado. Pero luego pensé, probablemente sea para discutir sobre el próximo partido de fútbol que jugaría la selección del seminario con la selección del otro seminario que había al otro lado de la ciudad.

Y mientras caminaba por el largo pasillo del claustro, me volvió a asaltar la imagen de mis libros bien forraditos y alineados en la banca de la capilla donde solía sentarme y arrodillarme todas las madrugadas friolentas de la serranía para meditar, orar y escuchar la misa cotidiana.

Esas madrugadas donde me aburría solemnemente leyendo los áridos libros sobre conducta humana, contemplación divina y no sé cuántos misterios trinitarios más, y que yo cambié a hurtadillas por la lectura de las mejores novelas de Julio Verne, Salgari, Dostoievski etc., y con lo cual troqué el aburrimiento matinal contemplativo en las más sabrosas aventuras vernianas convenientemente camufladas en el forro colegial de mis libros.

Así lo había hecho por espacio de casi los dos últimos años de colegio.

Y Clodoveo, lo sabía.

El severo guardián ensotonado.

Sentado tras el gran escritorio de caoba, con su calva reluciente sus ojillos insondables y su inescrutable cara de póker, el cura Monge me miró un largo rato en silencio mientras yo descubría la pila de mis libros culpables y poco a poco me encogía en la silla eléctrica que me brindara al entrar.

No duré mucho en ella.

Tras la filípica y las amonestaciones más severas, a duras penas contenidas para que la ira que pugnaba por explotar en la rojiza cara del buen cura, no me aniquilara ipso facto, supe que estaba eximido de seguir en el seminario.

Simplemente había cometido una falta de respeto a los reglamentos y rituales establecidos por mi afición a la lectura, y como yo ni quise ni pedí disculpas, hube de esperar hasta el fin de semana en que mi llorosa madre vino a recibirme a la puerta del colegio para llevarme de regreso al hogar del que hace 4 años atrás había salido para enclaustrarme en esta enorme casona que ahora abandonaba.

Clodoveo, patéticamente desolado, estaba en el dintel de la puerta de entrada cuando me fui, agitando su mano en un adiós que habría de durar un largo tiempo.

Quince años más tarde, en un polvoriento y seco media día de finados, cuando la canícula era capaz de freír un huevo en el capó de un carro, y mientras yo me sumergía entre la riada de gente que pugnaba por

encontrar las tumbas semiperdidas de sus olvidados muertos, escuché a duras penas que alguien gritaba mi nombre entre el barullo de los rezos y las letanías y los responsos con que el cura de turno de mi pueblo hacía su agosto.

— Wilo!! Wilo!!!

De la ladera del costado del camposanto alguien llegaba llamando a grito pelado mi nombre y se filtraba a empujones entre la gente.

Hasta que lo vi.

Clodoveo!

Y el buen inocente, se planta frente a mí, con una sonrisa radiante y en los ojos la misma mirada de purísimo candor que le conocí hace tantos años atrás, me toma fuertemente de los hombros y me espeta de golpe.

— Wilo, todavía soy virgoooo!!!

Me grita a todo pulmón en medio de ese gentío de curuchupas y almas recogidas por el dolor donde algunos, de soslayo, se regresan a verme, a vernos, entre divertidos y escandalizados, para de inmediato seguir el paso ante la presión de esa gran masa que desfila cargada de coronas y ramos de flores.

Nos sentamos en el borde de una vereda cualquiera y empieza el relato de su vida, desde cuando nos separamos quince años atrás.

Si, terminó el bachillerato. Y quiso seguir al seminario mayor. Era su más grande aspiración, sobre todo por cumplir con su madrecita que soñaba con verlo vestido de sotana y oficiando misa en su caserío.

Pero los informes del cura Monge donde claramente establecía que ese aspirante a sacerdote tenía un nivel intelectual poco mayor al de una ameba, lo dejaron fuera de cualesquiera oportunidades de hacerse cura.

Y así, no le quedó más que conformarse con ser una rata de sacristía. Porque lo que sí sabía hacer bien era rezar, y se conocía al dedillo el catecismo, y acolitaba muy bien la misa que daba el cura Barrionuevo y se sabía de memoria, sin yerros, todas las letanías y los misterios del Santo Rosario y más.

Y siempre estaba a la orden de la curia desde las cinco de la mañana en que empezaba a jalar los largos cabos de las enormes campanas del viejo campanario, hasta el rezo del rosario al comenzar la noche. Y entonces, emprendía el largo camino de regreso a casa.

A su casa donde ya no estaba su padre que había muerto algunos años atrás.

Y todos los días inmerso en la religión que ayudaba a practicar a los niños del pueblo, no dejaba tampoco él de practicar la bondad que pregonaba.

Encontraba con suma facilidad la belleza de la vida en las más sutiles manifestaciones de la naturaleza, en las aves, los insectos, en el río. En el viento contra el que gustaba recortarse al borde del derrumbo del Pelileo Viejo.

Quisiera poder volar decía.

Y creo que hubiera trocado con gusto ese placer de convertirse en ave con la de poder perder un día el virgo que tanto le obsesionaba.

En su casa, su madre, la señora Ercilia, se había resignado a vivir junto a un hijo que cada día se idiotizaba más y que iba perdiendo la cordura y el buen comportamiento de que hacía gala años atrás, para poco a poco convertirse en un sátiro molesto que a todas horas pretendía a las cholas del lugar.

Clodoveo vivía en un mundo, me dijo su madre, donde solo él y nadie más que él se entendía. Porque ninguna mujer había querido entrar en su mundo y por tanto él ante el miedo de irse de cabeza al infierno si acaso se masturbaba y no tener mujer a quien amar, se había freído el cerebro ante el dilema. Seguía siendo inocente, me dijo. Todavía era como un niño al que había que cuidar y temía que si ella faltaba nadie podría ayudarlo.

Y me miraba como diciendo, usted que es su amigo ayúdelo.

Pero yo vivía a cientos de kilómetros de distancia, y en los años que vendrían después de este encuentro, lo vería muy esporádicamente.

Y cada vez, su paso hacia el mundo de la locura era más firme.

— Wilo, sigo siendo virgo, me decía siempre que volvíamos a encontrarnos, y que era cada vez que yo regresaba a la casa de mis mayores.

Como si fuera un ritual impuesto en mi vida, iba a visitar a mi amigo llevándole ropa y zapatos y algún dinero. El los recibía agradecido, pero al año siguiente su madre me informaba que al pronto corría a regalar lo que le había dado a alguna mozuela del lugar, en la esperanza de conseguir sus favores.

Favores que nunca llegaron.

Su madre se agostó poco a poco a lo largo de esos años y un triste día se murió dejándolo más solo que nunca y enfrentado en soledad a la dureza de la vida. Una vida sin amigos. Sin más familia que el perro de la casa, viejo pulgoso y desdentado que apenas se contentaba con ladrar a una que otra paloma que cruzaba el patio, siempre recostado a la sombra de la casa como otra alma en pena esperando para irse de cabeza al más allá.

Y comenzó su vertiginoso descenso hacia las tinieblas del no ser. Porque simplemente dejó de ser el muchacho inocente para convertirse en un sátiro que rogaba a toda mujer que pasara por su lado que fuera su mujer.

Sin que jamás nadie entibiara su lecho ni le hiciera conocer el nirvana del sexo.

En el año de mil novecientos ochenta y ocho, cuando Clodoveo tenía cuarenta y un años, se murió.

Allí lo enterraron, en el caserío.

En el viejo y triste cementerio que está en las faldas del Teligote se alza la lápida sin nombre de este muchacho inocente que se murió sin poder llegar a cura y que se llevó con él todos los caballos briosos de su libido aprisionada entre su inocencia campesina y las tronantes admoniciones de un cura que le profetizaba el más horrendo de los infiernos si al menos se hacía la paja.

Y con su muerte nació la leyenda.

Porque dicen que días más tarde cuando murió, los bordes de su tumba estaban como mojados por un líquido que parecía sangre.

Porque dicen que quienes lo enterraron, lo enterraron sin darse cuenta de que todavía estaba bien vivo.

Porque dicen que, por las noches oscuras, cuando el viento baja ululando del Teligote, se escucha una almita recorriendo las calles solitarias del viejo caserío, gritando

— Soy virgooooo, todavía soy virgooooo.

Parece que olvidó mi nombre.

Yo no lo olvidé jamás.



EL CHOMBO

Claro, yo nunca entendí porque lo llamaban así.

Pero así fue como lo conocimos todos los que en esa lejana época del Pelileo nuevo tuvimos que pasar por su sillón de cuero para el inevitable corte de pelo al estilo de la época.

El “*Chombo*”, aquel personaje que se encontraba día tras día en el fondo de la peluquería más importante del pueblo, se me antojó siempre un personaje enigmático y hasta cierto punto, de fábula.

Era un hombre que tenía un estilo de peinado diferente en todo a los de la época, y parecería ahora visto a la distancia, un Leonardo di Caprio, con sus pelos partidos a la mitad y chorreando descuidados a los lados de su cabeza. Alto, muy alto, y con un vozarrón de trueno, hasta sus chistes más pícaros reprimían alguna risa en los guambras que los escuchábamos cuando invadíamos la privacidad de las conversaciones que sostenían nuestros mayores. Su cara algo alargada, colorado y con una cierta mirada de picardía en sus ojos gatos, solía torcer los labios de una manera algo cínica cuando lanzaba una de sus constantes ironías, que para eso era un maestro.

Es que la peluquería era el centro social de los caballeros de la época. Era de ver la cantidad de críticas, digo varonilmente, – por no decir chismorreos– que se cruzaban de unos a otros. Allí se conocían los pecados de todo el mundo. Y nadie se escapaba de la crítica más mordaz y picaresca con que la sal Pelileña de nuestros viejos de antaño, aderezaban esas tardes llenas de humo de tabaco, de sonido de naipes cayendo muy de vez en vez en la mesa de juego, y ocasionalmente con el tufillo del licor que de vez en cuando se escanciaba.

En las frías tardes del invierno o a veces en las cálidas y solariegas del verano, los caballeros de bigote y levita dejaban a un lado sus inhibiciones y vaya fuego cruzado que se daba con las noticias que vagaban de boca en boca por las calles del pueblo.

Y el “*Chombo*” cual gran director de orquesta pastoreaba la grey.

En esa vieja peluquería, ¡quién no dejó sus pelos desperdigados por el suelo, especialmente con su famoso corte estilo cadete! ¡Quién no peló sus barbas y atusó su bigote, mientras saboreaba en silencio las anécdotas que allí se contaban, y quien no dejó por primera vez sus pelusillas de barba para empezar a convertirse en hombre!

Yo quería por esa época ayudar al mantenimiento de la casa, y empecé a arrimarme a la peluquería para tratar de aprender el oficio, y fue entonces cuando saboreé las anécdotas que allí se daban.

El Don Jaime, alias “*El Chombo*”, mote que, a propósito, detestaba, aquella tarde se afanaba ante un cliente de pelo y barba, que se había sacudido de un manotón unos cuantos pelos que le cayeron en la frente y párpados.

—Vea don Fulanito, le dijo, usted no ha de creer, pero a un cliente le cayó un pelo recién cortado dentro del ojo y se le clavó en la pupila. Y vaya que le dolía— agregó— por eso enseguida mandó a ver un carro para que le lleven al oculista en Ambato, pero yo le dije:

— ¡Espérese que yo le curo!

Y acto seguido narró que para el efecto se arrancó una de sus largas hebras de pelo con la cual formó a manera de un lazo, y cuidadosamente procedió a enlazar el pequeño

apéndice de pelo que sobresalía en la pupila. Luego de un tirón libró al pobre hombre de ese suplicio que era tener un pelo clavado en el ojo.

— Y le ahorré la plata del oculista, decía ufano.

Eran los tiempos de la reconstrucción del pueblo, y aun se delineaban tortuosas las calles de tierra. Se trabajaba duramente en el alcantarillado y se elaboraban proyectos para el futuro de la ciudad. Los viejos de ahora, jóvenes entonces, gustaban reunirse en la peluquería y allí nacieron muchas de las ideas que más tarde dieron lustre a la ciudad.

Creo que tenía yo poco más de doce años, cuando ya en el pueblo se había dado el boom de la transportación y los desvencijados carros que llevaban gente de Pelileo a Ambato florecían cual hongos después de una tarde de lluvia.

Entre los amigos de mi padre con los cuales habían formado la primera Cooperativa de Transportes 22 de Julio, por las fechas en que se acercaban las fiestas de fundación de la ciudad, de pronto empezó a correr la idea de realizar una carrera de autos cuya pista sería la Circunvalación, esa calle ancha, que era empedrada solo en el tramo que cruzaba la ciudad, desde la plaza vieja hasta el Hospital, y luego continuaba de tierra toda hasta el recodo donde comienza El Tambo, bajaba a todo lo largo siguiendo el antiguo canal del agua de Mocha y volvía a la plaza vieja y cerraba el anillo del proyecto de carrera.

Eran los días en que el famoso Lucho Larrea, el “*Loco Larrea*”, ilustre hijo de la tierra Pelileña se había coronado Campeón de la Vuelta a la República, y a él se invitó para que participe.

El gran hombre aceptó de mil amores, y vendría acompañado de su eterno copiloto y mecánico, el famoso también, “*Negro Minda*”. De modo que todo el parque automotor de la tierra se preparó para el magno evento y fue de ver el ajetreo en que se metieron todos los noveleros que aspiraban, sino ganarle al “*Loco*”, por lo menos competir dignamente.

Ahí empezaron a afinar sus motores entre los que mal recuerdo, “*Los Culillos*” ese par de hermanos a los que pido perdón por el mote, que se afanaron poniendo a punto para la carrera su viejo Chevrolet del 45. Y otro de los pilotos era mi tío Eloy Culcay, en paz descanse, con el “*satélite*”, ese auto negro alargado como limusina de pompas fúnebres y que se dañaba a cada rato.

Huelga decir que, entre la memoria nebulosa de ahora, se han perdido algunos de los personajes que participaron en la carrera. Como aquellos que vinieron invitados por el “*Loco Larrea*” y que llegaron de Ambato, solo por el gran compañerismo que les unía con nuestro ilustre campeón de las rutas ecuatorianas.

El día de la carrera el pueblo se llenó con todo el chagrerío que bajó de las colinas y caseríos aledaños. La calle principal estaba llena de lugareños que subían y bajaban por ella, y era de ver a otro de nuestros personajes, el viejo “*Panchiris*” tratando de apostar dos a uno o tres a cinco con cualesquiera que se asomara. Las fritangueras hacían su agosto, las chocheras por igual. Era un día soleado y los heladeros no se daban abasto. La fiesta era impresionante con la banda de músicos del Tambo que lanzaba al aire sus tonadas y saltashpas y de vez en cuando alguna que otra marcha marcial.

Se había pactado la carrera para que se dieran diez vueltas al anillo de la Circunvalación, y en el tiempo de espera para la largada no había curioso, entre ellos yo, que no quisiera tocar al “*Loco Larrea*”, estrechar su mano, tocar su famoso Saab preparado para la vuelta a la República y que tronaba como si mil tormentas eléctricas rompieran justo en nuestra oreja.

El olor a aceite, la polvareda que se levantaba con los arranques de prueba, el ajetreo de los mecánicos, la policía pidiendo que la gente se abra a las aceras, eran el preludio de la largada.

Entre los que pululaban junto al “*Loco*” estaba el maestro “*Chombo*” que no se cansaba de abrazarlo y alabarlo. Junto a su séquito de amigos, había empujado el codo más de lo debido durante la noche anterior, y ahora estaba aún achispado, y eufóricamente vaticinaba que nadie le ganaría a su amigo el “*Loco Larrea*”.

Don Tomás Livino Freire, que creo era el presidente municipal, dio la largada a los carros que se alinearon y toda la gente alargó sus pescuezos para ver como los bólidos subían la calle principal a todo tronar. En la polvareda que se alzó todos alcanzamos a ver, que el “*Loco Larrea*” coronó en primer lugar la cuesta seguido muy de cerca por el carro de los “*Culillos*” y la muchedumbre cual resaca de una ola marina, se volvió a toda prisa para correr al otro lado de la plaza, a esperar la llegada de los carros en la primera vuelta.

Y por allá, en la curva que tiene el partidero para García Moreno, apareció en medio de una cola espantosa de polvo, el carro número uno de Luis el “*Loco*” Larrea, señor de las carreteras ecuatorianas, que no quería que nadie la ganara esta carrera precisamente en la tierra que le vio nacer. Y uno tras otro los demás carros pasaron zumbando mientras la gente vivaba y vitoreaba

— ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale carajo! ¡Acelera!

— Elé ya se quedó dañado el carro de los Culillos!

En efecto, faltando unos doscientos metros para cumplir la primera vuelta el carro de nuestros amigos se paró y a lo lejos alcancé a verlos levantando el capó, rascándose la cabeza contrariada y sin saber qué mismo sucedía.

Mientras tanto el carro del “loco” corría como el viento y en un santiamén, tan rápido que casi daba ganas de gritar otra, otra, la carrera llegaba al final. Faltaba cerrar la última vuelta y todos esperábamos ver ganar a nuestro crédito nacional, apiñados al borde de la calle en la mismísima línea de meta, cuando reparé que a mi lado se encontraba el Chombo, Don Jaime Ayllón, gritando desaforadamente:

— ¡¡Viva el “loco” Larrea, carajo!!

— ¡¡Viva Pelileo!!

Y en esa euforia se encontraba, cuando vimos aparecer el carro conducido magistralmente por el cinco veces campeón nacional de la vuelta a la República, que al ver la muchedumbre apiñada estrechamente en la llegada, frenó bruscamente arrastrando y quemando llanta, momento en que vi con mis ojos incrédulos, que se han de hacer tierra, como el Chombo dando un brinco agilísimo, alcanzó a agarrarse de la ventana del copiloto donde el Negro Minda asustado se echó a un lado, y ni tardo ni perezoso, Don Jaime se coló adentro, de modo que cuando el carro paró dando fin a la carrera, el “Loco” Larrea tenía dentro de su carro, un copiloto más.

Huelga decir que la fiesta fue celebrada en grande y los voladores y cuyes tronaban por doquier celebrando la primera carrera de autos en Pelileo. Todos comentaban las incidencias de la carrera y la forma sui géneris en que terminó. Y nuestro personaje fue celebrado con igual camaradería por sus amigos y el pueblo entero como un prioste más de las efemérides del pueblo.

Cuando años más tarde, ya un adolescente pude departir con mayor soltura con la grey que acudía a la peluquería, no dejé de admirar y escuchar las sabrosas anécdotas que allí se daban y la amena conversación con que este sabio y docto Fígaro envolvía a sus clientes mientras les arreglaba el pelo.

Después, los aventureros vientos llegados de otras tierras me sacaron de mi terruño y no volví sino de cuando en vez, a saludarlo ocasionalmente en las visitas que llegué a hacer a mis mayores. Mas, siempre lo encontré con su mismo semblante bonachón y pícaro de toda la vida, dirigiendo su negocio mientras cuidaba de su familia con la misma dedicación que lo hizo siempre.

Un día, años más tarde, me enteré como me entero siempre, a través de mi madre, que este caballero Pelileo había muerto en medio de la consternación de todo el pueblo.

Y que casi todo el Pueblo, había acudido a su sepelio.

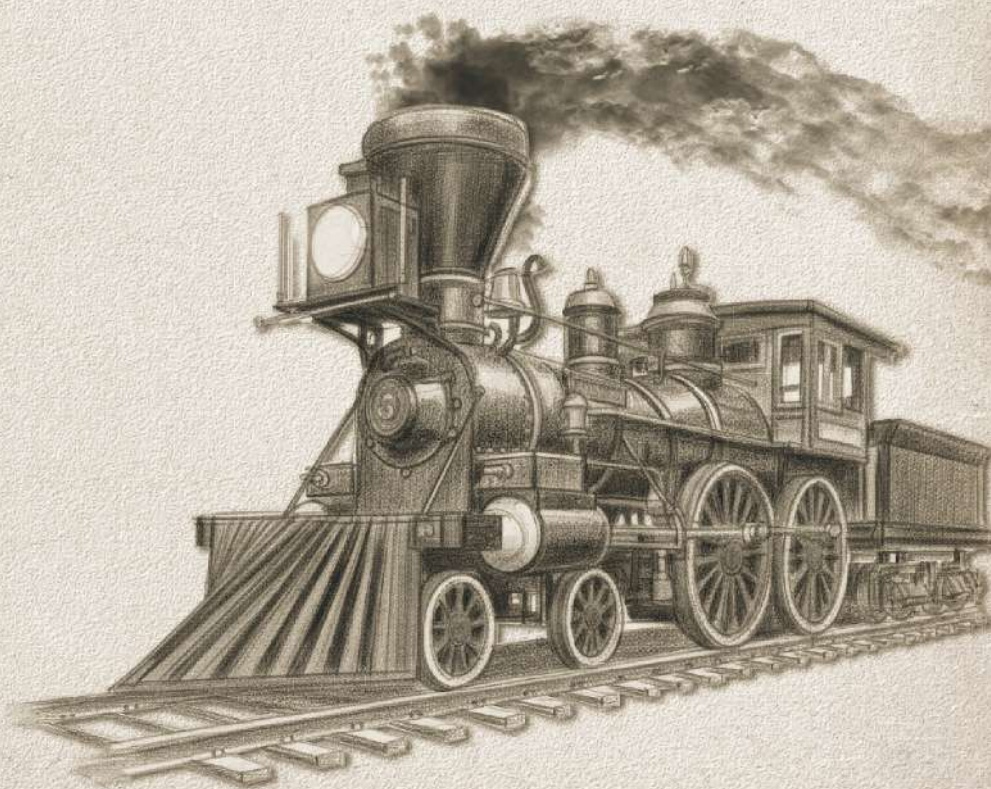
¡Cómo no llorarlo si se había ido uno de los personajes más representativos del auténtico pueblo!

Cómo no sentirlo con profundo pesar, si casi todas las generaciones que llegamos después del terremoto, fuimos sus clientes, sus amigos y hasta pupilos.

¿Amigo, usted lo recuerda?

Le decían el Chombo, y nunca supe por qué.

DON SOFOCO



Aquel caballero de pausado andar y lentos ademanes vivía un poco más arriba de mi casa y todas las mañanas diligentemente solía verlo encaminarse por los rumbos del flamante edificio Municipal, que era donde trabajaba.

De sombrero y levita a la usanza de los años sesenta, tenía un aire de respetable señor y nada parecía inmutarlo ni sacarle de casillas.

Parecía un flemático caballero inglés, revestido todo él de la honorabilidad del cargo que desempeñaba, pues era el Tesorero Municipal.

En el cargo parecía haber nacido y nada, si no la edad traicionera que le empujó a los años de la senectud le obligó a dejar el puesto en manos de otra persona con menos años de vida y menos experiencia que la que él acumuló a lo largo de su existencia, pero que ratonilmente medró bajo su sombra y el rato menos pensado se sentó en su trono.

Era uno de los sobrevivientes del holocausto del terremoto del año de mil novecientos cuarenta y nueve y de la misma manera que los demás pelileños había hecho, también él había arrimado su hombro para ayudar a la reconstrucción de la ciudad.

Nacido casi sesenta años atrás había formado una familia apacible con sus hijos, que los recuerdo ahora, eran unos personajes muy imbuidos de su clase y guardaban un señorío que se acoplaba mucho a los cánones de los auténticos pelileños de antaño, acostumbrados a marcar claras distancias con los chagras del campo, chagras que de vez en cuando se arrimaban a vivir en el pueblo nuevo.

Por la década del 60 nuestro personaje debía frisar aproximadamente los 45 años, y yo lo conocí y traté un día en que mi padre, que para la época era chofer del Municipio, me llevó con él para solicitar un suplidito del mísero sueldo que ganaba y con el cual alimentaba a las cinco bocas que por entonces éramos toda su familia.

Para lograrlo, era este caballero, al que solo conocía por su famoso mote de “*Don Sofoco*”, el primer escollo.

Y así, mi padre llegaba hasta él, todo cabizbajo y con ese aire de humildad que los pobres acentúan más cuando tienen que pedir un favor, y frotando la gorra que por entonces usaba, le decía en voz baja:

— Don Germancito, haga el favor de dar un suplidito, que ya vengo hablando con Don Tomás y dijo que bueno.

Y el buen hombre con ese aire de superioridad que se toman todos los que manejan dineros ajenos pero que tienen poder sobre él, contestaba:

— Regrese más tarde, Eduardo, que ahora estoy muy ocupado con los trámites de las partidas de ...

De cualquier cosa.

Lo importante realmente era hacerse esperar. Y con ello demostrar la autoridad, sí señor, que se habrán creído estos, no faltaba más, ¡que esperen!

Tal vez por ello sería, a lo mejor, que nuestra dieta de entonces se matizaba a diario con una de cal y otra de arena, es decir a veces pan y otras máchicas, casi nunca carne y la mas de las veces nuestra aderezada sopa de fideo que mi madre sazónaba con todo su amor,

Cuando todos los trámites del suplidito se llevaban a cabo, habían pasado por lo menos tres días de constante correteo cuyo eje sobre el cual mi padre giraba, era el personaje de este relato, nuestro inefable Don Sofoco.

Sobre él, en las sabrosas tertulias de las noches serranas a las que el frío obliga a acurrucarse a nuestras familias en la orilla del fogón casero, escuché la siguiente historia.

El tren llegaba al viejo Pelileo allá por los años cuarenta, desgajándose del ramal principal cuyo puerto primero era Ambato. Y el acontecimiento como no podía ser de otra manera, despertó el máximo interés de todos los habitantes de nuestra ciudad y los alrededores. El gentío era verdaderamente impresionante y la gente se apiñaba en las estrechas calles de la vieja ciudad colonial ávidos de ser los primeros en avistar el tren que aparecería por la curva que viene de la ladera que da al Patate. Todas las autoridades principales se hallaban concentradas en el parque de la ciudad y para entonces Don Sofoco, joven aun, se encontraba con su esposa parado en una esquina esperando como todos.

El griterío, el correteo, los voladores retumbando al estallar en el cielo azul, la banda municipal entonando los marciales himnos, daban un aire de fiesta y solemnidad al mismo tiempo, al acto que culminaría años de trámites para lograr que llegue el tren.

De pronto, los más avezados dijeron sentir en el riel que pisaban que ya venía el tren.

— ¡Ya viene el tren! Por diosito que ya siento como vibra en mi zapato. Elé vea no más, sienta usted!, decía alguien.

Y don Sofoco, al disimulo, también alargó su pierna para tocar el riel. En efecto, se dijo,

parece que ya viene.

Y claro que ya venía. Los más osados que se habían adelantado varios cientos de metros por la vía para ser los primeros en verlo, agitaban los brazos a lo lejos indicando la inminente llegada del tren, un tren que casi nadie conocía ni tenían idea de cómo era.

Tampoco lo sabía Don Sofoco.

Y el tren llegó.

Con su retumbante tracatá enfiló humeante hacia el centro de la ciudad y pronto pasaría junto a nuestro personaje que lo esperaba con los ojos dilatados por el temor y la curiosidad, mientras a su lado doña Rosita su esposa, se aferraba fuertemente al brazo protector de su marido.

La gente gritaba y lanzaba vivas, los sombreros volaban por el aire y las tracas de los voladores estallaban uno tras de otro cuando el tren llegó a la altura de Don Sofoco, y quiso el destino que justo en ese momento, ¡oh desgracia de la suerte!, el maquinista halara el cable del pito del tren y éste, con la fuerza del viento más huracanado que se podía concebir, mientras el tren echaba una mezcolanza de chispas y humo por la chimenea y rechinaban sus émbolos al frenar, sopló su:

— ¡Uiiiiiii!; ¡Uiiiiiii!; ¡Uiiiiiii!;

Justo en las orejas de nuestro amigo.

Fue tal el impacto al ver ese monstruoso reptil de acero echando humo por su cabeza y silbando diabólicamente en su cara, que Don Sofoco, salió disparado rumbo a su casa olvidándose por completo de la fiesta, en medio de la más grande conmoción de su vida.

El susto le duró por mucho tiempo.

En los largos días que vinieron después tuvo, sin embargo, tiempo para pensar en cómo lavar su prestigio venido a menos gracias a su poco elegante, por decir lo menos, huida en el día que el tren llegó.

Y así fue como después de largas maquinaciones decide un día viajar a Ambato siempre junto a su adorada compañera, la respetada Doña Rosita. Viaja a lomo de mula pues no se subiría en ese maldito artefacto hasta realizar lo que tiene en mente.

Y allí, en una calle aledaña a la estación del ferrocarril, que se levantaba en lo hoy es el frente del Mercado Central de Ambato, justo en el sitio donde se venden flores, decide esperar lo que haga falta para la llegada del tren.

La paciente espera rinde frutos y ya se escucha a lo lejos el tracatá del tren que se acerca.

Don Sofoco, se esconde tras una esquina.

Se agazapa. Se tensa. Respira profundo mientras el tren se acerca raudo y ya llega frente a él.

Entonces justo cuando pasa por su lado, salta súbitamente frente al asombrado maquinista, alzando sus brazos y grita con todas sus fuerzas al mismo tiempo que agita sus brazos con frenesí:

— ¡Aaaaaaaaah!

Y mientras el tren con su perplejo maquinista se alejan frenando a su estación, Don Sofoco dice satisfecho, sacudiéndose las manos, como haría un torero contento de su faena ante un toro bravo.

— ¡Desquitados, carájo!

Entonces agarró del brazo a Doña Rosita, díose media vuelta, montó otra vez en su mula, y volvió al pueblo ya con el ánimo tranquilo.

Y es la historia de como un Pelileño auténtico, de esos de vieja prosapia, asustó al tren que lo había asustado a él.

Y es, así mismo, la historia que oí charlar en las frías tardes de hace muchísimos años, cuando nos calentábamos junto al fogón de la casa sosteniendo en nuestras manos la taza de un café que echaba humo cual trencito de juguete.

Mientras afuera, el viento era polvareda.

EL SACRISTÁN



Recuerdo el tañido a muerto que las campanas colgadas en el campanario de la iglesia nueva del pueblo arrojaban al aire, en medio del lúgubre atardecer de invierno.

Su lento y acompasado tan, talán, talán anunciaban al pueblo que alguien se encontraba en agonía o que había dejado de morar entre los vivos.

La costumbre, la vieja costumbre de la humanidad, de anunciar sus muertos con el tañido de campanas, era ejecutado siempre por el monaguillo de la parroquia al que todos conocían como el Eduardito.

Diligente servidor de la curia, aquel muchacho esmirriado y de ojos asustadizos que, caminada aladamente casi sin ruido, se ocupaba también de limpiar la iglesia y preparar los ornamentos del cura, amén de asistirlo también en la celebración de la misa.

Y todos los días, por aquellos lejanos tiempos, el pueblo despertaba antes de que los gallos llenaran el amanecer con su canto, y lo hacían con el tañido de las campanas llamando al rosario de la aurora, que lo tocaba en lo más alto del campanario, en el frío amanecer serrano, el joven sacristán del pueblo.

Con mi madre, de la mano, medio dormido aún y caminando como un zombie, a rastras a veces, acometía yo la caminata en la dura cangahua de la calle, encaminándome a la iglesia para el rosario de la aurora, y allí al entrar, en el zócalo de la puerta principal, siempre lo veía a él, al sacristán que se afanaba por barrer y echar a la calle los últimos vestigios de la pertinaz polvareda en que se hundía el pueblo todos los días.

Del fondo oscuro de la iglesia, empezaba entonces la monótona cantinela del rezo que alguna vieja curuchupa de voz cascada acometía con fervor, mientras el sacristán encendía cirios a medio usar, velas moribundas a medio consumir, y de vez en cuando tañía la campanilla que a mí me parecía ser de oro.

Mas tarde en medio del sueño que me acosaba sin tregua, lo veía afanarse preparando los ornamentos del cura para la misa que daría al final del Rosario.

Y así, día tras día.

El mismo talán, los mismos ajetreos.

Las mismas llamadas piadosas de la campana y el monótono fluir de las horas en la serrana campiña donde el pueblo crecía y vivía con sus gentes y sus historias diarias.

En alguna ocasión, le vi en, así mismo, alguna actividad diferente a la de limpiar iglesias y ornamentos, cuando jugaba pelota en compañía de algunos amigos suyos, o caminaba con un grupo de jóvenes, de su misma edad, charlando de sus secretillos o hablando de sus enamoradas, o buscando la ocasión para fumarse algún pitillo a escondidas de miradas acusadoras.

De pronto, un día dejé de ver a aquel muchacho.

Y en la vorágine del apresurado crecer del pueblo y mis nuevas vivencias ese mero hecho pasó a ocupar un plano muy secundario, y desapareció en algún remoto rincón de mi conciencia.

Claro, él me llevaba algunos años, y no era mi amigo ni mucho menos. Mas aún, nunca cruzamos palabra.

Y el tiempo fue inexorablemente pasando.

Mientras tanto, otro sacristán ocupaba el sitio dejado por aquel, y en el lento transcurrir de los perezosos días de mi niñez, el hecho de que el sacristán ya no estaba dejó de importar a todos.

Y todos lo olvidamos.

Hasta que el día menos pensado, después de algunos años de ausencia, otra vez empezó a deambular por las calles del pueblo.

Habían pasado en efecto, mucho tiempo y ya no era el ingenuo muchacho que se había ido algunos años atrás.

Tanto él como yo habíamos madurado, aunque claro, él era algunos años mayor y se le notaba en el rostro esa madurez que se alcanza a través del sufrimiento.

Por allí, de a poco, se empezó a filtrar la razón del por qué desapareció tantos años y como si nada me enteré de la triste historia que hoy cuento.

Por las calles del pueblo, con su garbo singular, todos los días se la veía caminar rumbo a su trabajo a la profesora de inglés, la Miss Poveda.

Así la conocíamos todos los que fuimos sus alumnos.

Rosario llevaba por nombre y siempre se la veía con el ceño fruncido en un rictus de autoridad con el que alejaba a todos los que en algún momento se sintieran atraídos por su singular apostura.

Es que, por allí, el que menos se atrevía a dudar de su feminidad y en los corrillos de la muchachada se la tenía por marimacho. Justo es decirlo el vulgo reaccionaba así porque a nadie le hacía caso. Y bien que hubieran querido pues la maestra se manejaba un cuerpazo que era la tentación diaria de los pueblerinos y los sueños eróticos de la mayoría de los muchachos de mi tiempo.

Y un buen día, así de pronto, la maestra denunció que su cuarto de habitación había sido asaltado y que le habían sido sustraídas algunas de sus cosas de valor, sobre todo dinero y que el principal sospechoso del robo era el esmirriado vecino que fungía de sacristán del pueblo.

Claro, era el que tenía todas las oportunidades. Conocía de cerca los horarios de la maestra, disponía del tiempo suficiente pues después de los horarios de la misa de la mañana, el sacristán se pasaba la mayoría del día sin hacer nada.

Y así era en efecto, solo que no se pasaba la mayoría del día en soledad sino con su grupo de amigos.

Pero la redada y posterior investigación solo encontró culpable del delito a nuestro sacristán y él calló cualquiera incriminación que pudiese hacer a sus secuaces.

Así fue a dar con sus huesos míseros en la cárcel en donde vivió los horrores del encierro al que los sometieron los avezados y contumaces criminales con los que tuvo que vivir encerrado los años que duró su condena.

Cuando volvió ya no pudo ser más el sacristán del pueblo, y así cerró amargamente ese primer episodio de su vida.

Claro, el pueblo curuchupa que lo condenó no permitiría que un ladronzuelo mancillara con su presencia su sacrosanta iglesia. Pero sí en cambio, permitió que la enlodaran los curas de la parroquia el uno en franca mancebía con La Chomba, y el otro destruyendo el hogar más connotado de uno de nuestros más respetados y preclaros hogares pelileños.

Mas ya se sabe, cura, teniente político y policía, son intocables. Un solo gremio que se defiende a ultranza y contra quienes las lanzas de cualesquier Quijote siempre se rompen.

Entonces, para el Eduardito comenzó el largo calvario de la supervivencia.

Y por ahí fue pasando, arrastrando sus angustias, entre el ir y venir de los días, ora haciéndola de sastre, ora de locutor y por último de entrenador de fútbol, la pasión de nuestro pueblo.

Una tarde, lo vi confundido entre la gente que acompañaba un cortejo, derramando las lágrimas que estaba acostumbrado a llorar, encorvado más si cabe, arrastrando apenas su pequeña humanidad, junto al cortejo de la madre que lo crió.

Y así perdió al único ser que probablemente lo había amado más que nadie en el mundo y al que él siempre recordaría en los momentos más duros de su existencia.

En el fútbol encontró el hombre, por fin, las alegrías que tan escasamente había recibido de la vida. En el fútbol, se rodeó por vez primera de los más sinceros amigos sintió por fin el calor de la verdadera amistad y el respeto que bien se merecía.

Incontables ocasiones le vi rodeado de muchachitos que empezaban los primeros pasos en ese bello deporte que es la pasión del pueblo, y con esa peculiar manera de dirigir a sus pupilos, le vi amasar las más prodigiosas jugadas y formar los mejores talentos que en la vieja cancha de cangahua desperdigaban sus habilidades en honor al maestro que los guiaba, en la cancha y en la vida.

Así, fui testigo de cómo se formaron el “negro” Valencia (+), el “mellizo” Alvarado, el machetero de entonces nuestro querido “chimbuzo”, los “veshinasas” el “shalba” Oswaldo Llerena, en el viejo River Plate de los años 70 que él fundó y llevó a la gloria del campeonato pelileño y en el que tuve el honor de jugar alguna vez.

Y recuerdo a los más recientes. El “loco” Altamirano, el viejo Gerardo Pico, el “chivo” Medina, el “chino” Culcay que siguió la gesta que como arquero inicié, y que luego se ha ido prolongando en las siguientes generaciones, todos jugando en el COSMOS equipo en el cual fue campeón por ocho veces.

Su palmarés como director técnico abarca un sinnúmero de logros, pero yo recuerdo con especial cariño, aquel que lograra con la Selección de Pelileo en el Inter cantonal de hace ya muchos años atrás, y los que logró con el Cosmos y el River.

Los años más felices de su vida sin duda han sido los que el fútbol le deparó. Allí cosechó los mejores amigos, los que no le olvidamos. Allí se dedicó ya en el ocaso de su carrera como director técnico a volcar sus conocimientos de autodidacta del fútbol en las divisiones formativas de los niños de la ciudad. Ha sido testigo del paso de las generaciones futboleras del pueblo y vale decir que hubo, en el fútbol pelileño, un antes y un después del Eduardito Terán.

Le he visto en el último torneo de viejos que jugué, cargado de años y achaques, rodeado de los mismos pupilos que formó, y que ahora le rodean cogidos de la mano de sus vástagos. Pero, especialmente le vi protegido si cabe, por aquel caballero que el fútbol formó, mi querido amigo “Lucho Chico” Alvarado.

- Le dediqué el partido.
- Poco, para lo tanto que él hizo por mí.
- Pero era mi manera de decirle gracias.
- Gracias, Eduardo, a nombre de todos los amantes del Fútbol de Pelileo y de las generaciones de atletas que ayudó a formar.

Si de alguna manera, lo que escribo ayuda a sacar del olvido y la ingratitud, lo valioso que fue usted para los hombres que jugamos por Pelileo, se hará justicia.

Si de cualquiera manera, alguien en el futuro, recordare la figura del entrenador que se desveló por sus pupilos y los encaminó por la vida; si en el corrillo de la gente pelileña se pronunciare el nombre del Eduardo Terán alguien recordará, como yo ahora, al héroe anónimo, al de las historias cotidianas que pasan desapercibidas, al vecino que nadie toma en cuenta pero que escribe su grandeza con la cabeza gacha y la pluma humilde del silencio.

Y sí.

Alguien en su fuero más íntimo, sabrá que su silencio cobijado por las influencias de papá, confinaron a años de dolor y sufrimiento a este humilde hijo del pueblo. Sin embargo, pese a todo lo que logaran en la vida, jamás igualaran la grandeza lograda por el sacristán del pueblo, que se ganó con su silencio y su martirio, la gratitud y admiración que siempre se ganan los héroes anónimos que viven entre la gente humilde.

Y bien que lo ganó.

EL CURA DE LAS ALAS ROTAS



Después de los primeros años del pueblo tras los dolorosos sucesos del terremoto del cuarenta y nueve, la puerta del Dorado iba renciendo poco a poco.

El pueblo por entonces ya parecía encaminarse a lo que sería la gran ciudad moderna que ahora se cuelga de los Andes airosa y orgullosa al mismo tiempo.

Las calles se empezaron a empedrar y el polvo de las tardes ventosas a escasear.

Los lugareños habían aceptado el nuevo destino que el nuevo pueblo pareció imponer y las costumbres de antaño se empezaron a practicar con regularidad.

La fiesta de Corpus Cristi con sus solemnes ritos. La austeridad que la semana Santa nos imponía. La misa dominical pletórica de fieles y los cánticos profundos en medio de latinazgos mal pronunciados por el chagrerío santurrón dirigidos todos por el cura Barrionuevo eran mis preferidos de entonces.

Yo empecé a ser un ratón de sacristía pues en esos tiempos la chiquillada nos esmerábamos en ayudar al cura acolitando la misa. Me encantaba tocar la enorme campana de bronce que la iglesia del pueblo tiene aún en su viejo campanario. Mirar las procesiones con el Santísimo a la cabeza de la misma y colgado boca abajo desde el campanario para mí, altísimo, eran un deleite.

Cuando los ashquis de Salasaca bajaban a caballo e invadían las calles del pueblo, enarbolando sus largas espadas y dando sus gritos espantosos, pintarrajeados las caras de tizne, borrachos a mas no poder que era un milagro que no se desnucaran, la chiquillada de barrio salíamos a todo correr tras ellos.

Y allí era el arrancar las frutas que colgaban amarrados de sus disfraces de policías. El pan horneado en sus casas, duro y macizo era un verdadero manjar y el más codiciado trofeo. Siempre salíamos airoso pues los indios borrachos eran incapaces de coger a las gacelas que éramos nosotros.

En la época de finados, las largas procesiones de indios bajando a visitar sus muertos en el viejo cementerio, cargados de ofrendas de comida para el hambre añejo de sus finados, también fueron objeto de nuestras trapacerías.

Y allí, en medio de las tumbas de nuestros muertos, la vida pletórica de mis amigos encontró la manera de ir alargando los días con menos hambre que de costumbre.

El colofón de esos días de fiesta lo ponía el desfile de los indios borrachos, cuesta arriba por El Tambo, arrastrando su humanidad embrutecida por la chicha. De vez en cuando algún danzante haciendo un último intento por bailar el danzón que había empezado en la madrugada y que, incomprensiblemente, a esas horas de la agonizante tarde todavía tenía fuerza para amagar algún paso vacilante.

La mayoría de los indios arreando a sus mujeres a patada limpia cual si de ganado se tratara. Y si algún comedido trataba de impedirlo recibía insultos y reclamos de la misma india al grito

— ¡Deja que pegue! ¡Marido es pes!

Y claro, todo el proceso dirigido por el pastor del pueblo, en aquel lejano tiempo el cura Barrionuevo.

El cura Barrionuevo era un personaje singular.

Erudito filósofo y religioso, hombre pobre y practicante de sus votos de pobreza y obediencia, era sin embargo incapaz de cumplir sus votos de castidad.

La culpa la tenía aquella que nuestro pueblo conocía como la “Chomba”. Mujer rozagante de larga cabellera, semirolliza, de buenas carnes y buen ver. Emanaba no sé qué efluvio de sensualidad en cuyas redes había caído el buen cura, y los chismes del pueblo hablaban que al menos tres de sus hijos, eran hijos de cura.

Algunas veces, La Chomba, había tenido la desvergüenza de llegar a las puertas de la iglesia, cuando el cura Barrionuevo estaba celebrando misa en medio de gran recogimiento, toda ella borracha pues gustaba de empinar el codo, a gritar estentóreamente que le diera dinero para mantener a sus hijos.

Con el consabido regocijo y gran escándalo del pueblo.

Pobre cura.

Fue su gran pecado y creo que pagó con creces en vida mismo el haberse equivocado con la mujer menos indicada.

Claro, dada la zafia ralea de la mujer, solo es comprensible semejante unión si consideramos que el cura, pese a todo era un hombre inocente para todo lo demás.

La comunidad Salasaca le debe el primer canal de agua de regadío que llegó a mojar sus áridas tierras. Yo le acompañé el día que él, con algún personaje que ahora mismo no recuerdo quien fue, caminábamos por las laderas del Teligote, en la vertiente que da al lado de Benítez y Mocha, cuando se empinó en sus pies a coger una fresca rama verde de capulí, la desgajó del árbol y limpiando sus hojas formó una Y con ella, y luego, agarrando con cada mano cada punta superior de la Y así formada, empezó a caminar despacio orientando poco a poco ora aun lado ora al otro, la punta del artefacto.

De pronto éste empezó a girar violentamente y con fuerza mientras el padre se esforzaba por sostenerlo con firmeza, hasta que el artefacto se detuvo apuntando hacia tierra y el cura Barrionuevo dijo:

— Hay que cavar aquí. Aquí hay suficiente agua para mis indios.

Meses más tarde, gracias a los trabajos de agrimensura que él mismo delineó y puso en práctica, un hermoso canal de agua realizado por cientos de indios, llevaba agua a las secas y hasta entonces estériles tierras de la meseta.

Así empezó el cambio.

Hoy ha cambiado todo.

Los indios ya no se embrutecen con la chicha como antes. Se hicieron primero agricultores y más tarde artesanos. Después ha florecido una cultura Salasaca donde brillan abogados, arquitectos, médicos y empresarios.

Y la primera piedra la puso un olvidado hombre que salió de mi pueblo vilipendiado por la casta curuchupa llena de sepulcros blanqueados que no le perdonó sus faltas de hombre, cuando solo era un hombre que trató de ser pastor de almas perdidas y que se perdió por las faldas de una mujer que jamás lo mereció.

Años más tarde, murió en una diócesis ajena a la que él amó.

Olvidado por las gentes a las que tanto bien hizo.

Olvidado por aquellos a quienes ayudó aún a costa de su propio bienestar. Por aquellos a quienes tanto dio.

Que lo digan si no todos aquellos que recibieron dinero del poco que tenía. Porque nunca dejó de ayudar y trató de dar consuelo al que lo pedía.

Que lo digan sino aquellos que llegaron a altas horas de la noche con el dolor de ver agonizando un hijo o un padre y encontraron en sus palabras el consuelo para sus almas atormentadas.

O mi propio hermano que gracias a sus recomendaciones a la diócesis de Ambato tuvo los remedios para curarse.

Y las tantas almas que pidieron y recibieron de lo poco que él tenía.

Porque creo, en su afán de vindicarse, amó al resto del prójimo como Dios pidió. Con el amor que tenía en el lado claro de su alma porque en el lado oscuro era solo un pecador más.

Un pecador que encontró su némesis escondida en las faldas de una chola pueblerina que lo encandiló con sus efluvios y lo ató a los placeres terrenos de los que no pudo liberarse ni siquiera con el arrepentimiento diario que necesitó antes de celebrar sus misas y amonestarnos con sus sermones.

Fui testigo de la frugalidad de su vida pues para el segundo curso de la secundaria, mi madre aupada por el coadjutor de la parroquia, logró inscribirme en el seminario de Atocha, y quiso mi destino que las vacaciones de cada año desde entonces hasta las del quinto curso, debí pasarlas casi enteras en la casa parroquial que pasó a ser mi segundo hogar y en donde ayudaba al buen cura en sus labores de apostolado.

Y allí fui testigo también de los desvíos del otro cura, el coadjutor, que, sin pudor alguno, sin remordimiento de ninguna clase, se dejó tentar por otra mujer. Ésta, madre de familia y esposa, convirtiéndose en la amante del cura, y ya fueron entonces dos los que daban escándalo, dos los que daban oprobio, dos los que al final escindieron la buena fe del pueblo, dos los que acabaron con mi vocación y me convirtieron por un tiempo en el más acérrimo de los agnósticos.

Ahora, a la distancia, y con el paso de los años, mi propia experiencia con el sexo opuesto me hace ser indulgente tan solo con el cura Barrionuevo. Siempre me dio la impresión de ser como una flor que hundía sus raíces en el pantano sin manchar jamás la aureola de sus pétalos. Como si acaso fuera un ángel con las alas rotas que se quedó a purgar la vida junto a los hombres y sus sempiternas tentaciones.

Y no pudo remontar el vuelo sino hasta cuando murió.

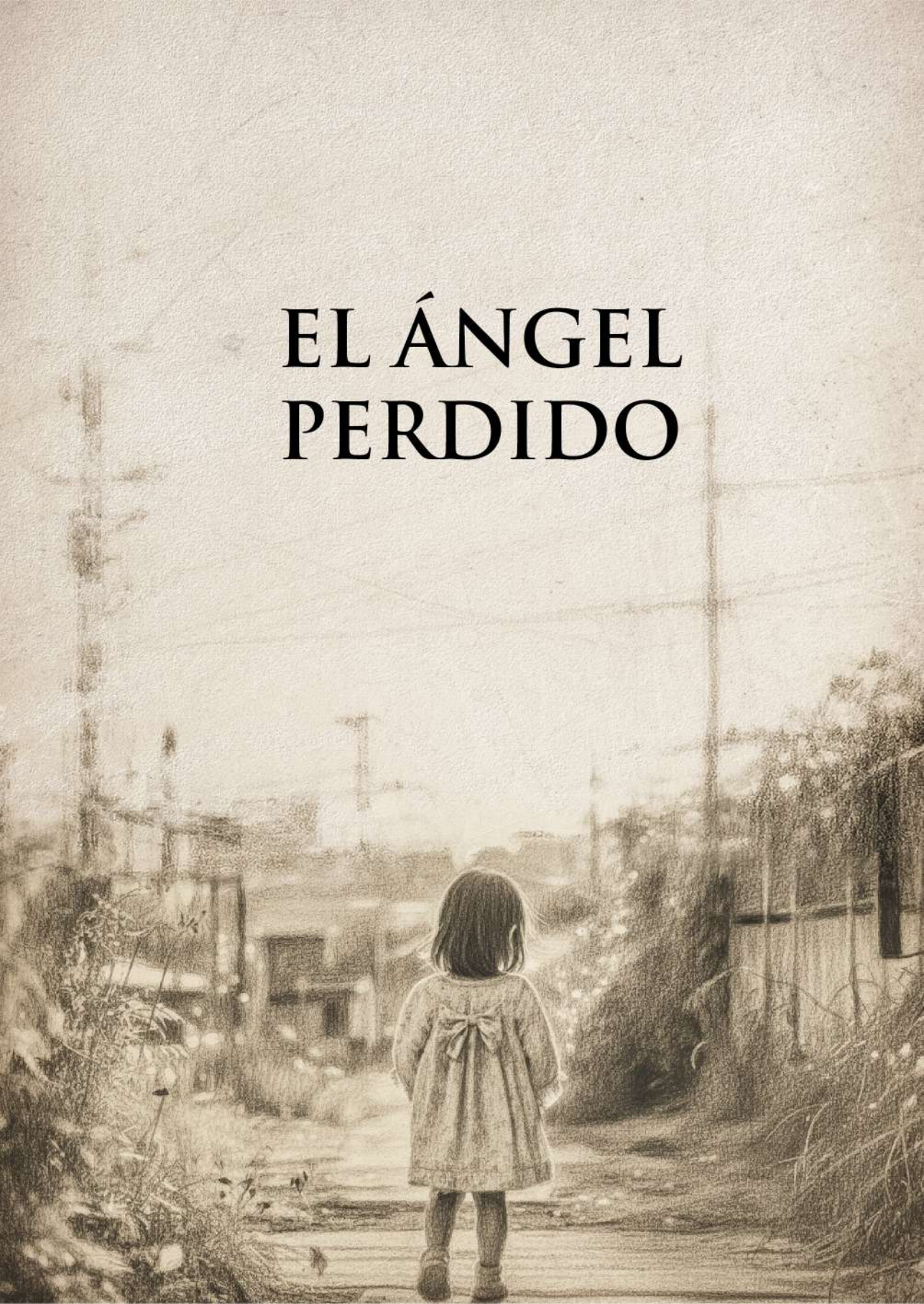
Pobre padre Barrionuevo.

Dios de seguro, ya lo habrá perdonado.

Y estará sentado a la diestra de Dios Padre.

Con las alas blancas libres de pecado.

EL ÁNGEL PERDIDO



En el bus de pasajeros que salía desde Ambato hacia Quito, aquella calurosa y soleada tarde del verano de 1968, íbamos medio mal acomodados una veintena de pasajeros, de los cuales el más ensimismado era yo, eterno devorador de libros y de cualquiera publicación que cayera en mis manos. Sin embargo, no pude dejar de notar en el tráfico de ese domingo cualquiera, el polvo que entraba por las abiertas portezuelas y ventanas, levantado del empedrado de la calle, formando como una cortina de bruma hacia la parte delantera del vehículo.

Me había embarcado en ese bus, rumbo a la capital de mi País, porque al día siguiente debía asistir a clase en la Universidad Central donde estudiaba el preuniversitario de jurisprudencia, y viajaba a esa hora en la esperanza de llegar a la gran ciudad con las primeras horas de la noche a fin de evitar cualquier contratiempo con hampones y malvivientes que a esa hora pululaban por la estación de La Cumandá.

En efecto, desde la terminal de pasajeros debía encaminarme por las estrechas callejuelas de esa ciudad colonial, apenas alumbradas por agonizantes farolas de la época que no acababan de disipar las tinieblas de la noche y donde siempre sobrevivía algún rincón oscuro, rumbo a la estrecha habitación que compartía con un primo y otro amigo de mi pueblo.

Y así estaba viajando en uno de los asientos de la mitad del carro, cuando vi que se subían al vehículo, en una de las últimas paradas urbanas, dos chicas de unos 20 años aproximadamente y llamativamente vestidas que llevaban de la mano a una niña de aproximadamente nueve años. Vi que se acomodaron en los asientos a mi costado y yo, volví a la lectura de mi libro, tratando de leer entre el bamboleo y las brascas sacudidas del viaje.

Me sumí de tal manera en la lectura que, como me sucedía siempre, ya no estaba en el carro de transportes, sino en algún lejano paraje viviendo alguna extraordinaria experiencia que el autor del libro describía,

tan ausente del mundanal ruido, que cuando el chulfo me sacudió bruscamente para cobrarme el pasaje, me sobresalté tal si me hubiera quedado profundamente dormido.

Le pagué los tres sucos del pasaje, dispuesto a volver a sumirme en la lectura, cuando el cholo se volvió al asiento donde estaba solamente la niña.

Los grandes ojos negros de la niña se abrieron desmesuradamente por el desconcierto y el miedo, pues el cobrador empezó a exigirle que le pague el pasaje. Era una niña morenita, de pelo negro cuervo, flaca y llorosa, que se sobaba las manitos compungida y desesperada y que solo atinaba a decir

- Mis primas me dijeron que no me baje del carro, que ya le habían dejado pagando, señor. No me bote.

Y el chulfo despiadadamente le decía que no, que esas putas se bajaron en un descuido y le exigía el pago del pasaje amenazándola con bajarla en medio de la carretera y dejarla allí abandonada.

La niña solo atinaba a llorar.

El resto de los pasajeros, indiferentes veían ese pequeño drama sin inmutarse.

El carro de transportes seguía rodando y ya estábamos pasando la laguna de Yambo, cuando el cobrador de un tirón jaló del brazo a la niña para sacarla al pasillo y llevarla a la parte delantera con el ánimo de bajarla del vehículo.

Entonces, en un arranque emocional, casi sin darme cuenta de lo que decía le dije al chulfo

— Déjala tranquila, yo te pagaré el pasaje.

Y al punto le entregué tres suces de los diecisiete que me quedaban pues mi padre me había dado veinte para el viaje y la subsistencia de esa semana.

El chulío siguió su camino cobrando a los pasajeros que iban en la parte trasera del ómnibus.

La pequeña se sobó los mocos y las lágrimas y me regresó a ver.

En la profunda negrura de su mirada asustada aún, vi un destello de alivio y tímidamente esbozó hacia mí, una sonrisa de agradecimiento y, como si supiera que yo era el único que la podía proteger al pronto se pasó a sentarse en mi asiento y se quedó quietecita con las manos juntas como en una plegaria, sobre su falda.

El carro traqueteaba bamboleante como camello en el desierto sobre la calzada estrecha que ascendía por la montaña rumbo a la gran ciudad. El viaje duraría todavía unas dos horas y había que resignarse al tedio que vendría, de modo que abrí una vez más mi libro para recoger la lectura en el sitio donde la había dejado.

Y volví a sumirme en el sueño de la lectura.

El carro bamboleaba penosamente en la subida del chasqui, y el frío del páramo cuando ya eran las 6 de la tarde empezó a enfriar el interior del carro. En la hora y media que había pasado desde cuando la niña se pasó a mi lado no habíamos cruzado palabra, y tal vez por ello, poco a poco se había ido quedando dormida arrimándose a mi hombro en busca de apoyo o calor.

Y ahora cuando las penumbras de la noche habían llegado, comprendí la magnitud de su soledad y el desamparo en que se encontraba.

Quién será, me pregunté por vez primera. ¿Y cuando lleguemos a la ciudad, por dónde vivirá? ¿Cómo hará para llegar a su casa?

Menudo lio.

En fin, es una niña de ciudad, sabrá llegar a su morada, me dije. Y al punto me sentí irritadamente avergonzado.

Cómo va a hacer una niña tan pequeña, para llegar a su casa desde la Cumandá, a no ser que viva allí mismo, me dijo mi conciencia.

Y así, de traqueteo en traqueteo, molido a empujones por los baches del camino, finalmente entramos en la estación de La Cumandá del Quito de finales de los años sesenta. En la hondonada donde se encontraba la terminal de pasajeros, los buses pululaban en un desorden descomunal y nuestro carro tardó un poco en estacionarse. Cuando lo hizo, todos los pasajeros nos apresuramos a enrumbarnos a nuestros hogares.

Y allí estaba yo, con una niña desconocida cuyo nombre no conocía ni quería conocer, y sin saber qué mismo era lo que iba a hacer.

— Por dónde vives niña, le dije.

— Por el Panecillo señor, me dijo con una voz apenas audible.

— Qué, en el Panecillo? Pero eso está lejísimos, riposté.

— Si, pero yo conozco el camino. Su voz tenía un cierto aplomo y seguridad que me hizo mirarla con detenimiento.

Sin embargo, solo pensar en subir a la famosa loma del Quito colonial de esa época, y a esa hora de la noche, algo pasadas las siete, me puso a temblar por el temor al peligro que nos expondríamos.

En el Quito de aquella época, para poder empezar a ascender al Panecillo, desde la Cumandá donde nos encontrábamos, teníamos que cruzar el famoso puente de La Ronda y luego dirigirnos calle arriba hasta la avenida 24 de Mayo, nombradísima arteria vial donde pululaban ladrones, borrachos, proxenetas y prostitutas que eran los amos de la noche.

En mi fuero interno, ya había tomado la decisión de llevar a la niña hasta su hogar. Pero también decidí que necesitaba la compañía de alguien más para la aventura que estaba por empezar.

De modo que empecé a caminar con la niña en el rumbo hacia la casa donde rentábamos una habitación con mi primo, y que quedaba justo al salir del Arco de Santo Domingo, en una vieja casa colonial que crujía con cada paso de camión por la calle, sacudiéndose como perro de lanas y al cual después de los primeros sustos, había terminado acostumbrándome.

Se negó. Me dijo que era una completa estupidez aventurarse por semejante sector donde lo menos que me podía pasar era que me asaltarían, me golpearían y hasta quien sabe terminaría asesinado y botado en cualquier zanja del lugar.

La niña a mi lado, me apretó fuertemente la mano tal vez temerosa de que, ante semejantes perspectivas pintadas por mi pariente, terminara por dejarla sola.

Pero yo ya había tomado una decisión y no me apartaría de ella por ninguna razón por valedera que fuera.

De modo que volvimos a la calle.

Yo caminaba un poco más seguro, equipado con mi vieja chamarra de montañista y con mis botas de campaña, donde había al costado de la pernera, un estuche para un cuchillo mil usos.

Cuando llegamos a la 24 de Mayo los dos teníamos hambre y nos metimos en el restaurante donde regularmente me alimentaba después de llegar o antes de ir a la universidad donde estudiaba la carrera de Derecho.

La nena comía a trompicones, confiada y ya más serena.

— De aquí para adelante yo conozco el camino, me dijo con la cabeza gacha.

— De veras? Le dije.

— Claro, a la vuelta de la esquina se empieza a subir y de ahí solo tenemos que seguir recto hasta llegar a la planada, y más allacito nomás está mi casa.

Le dije entonces que apurara comiendo pues para entonces eran pasadas las ocho de la noche.

Don Abelardo, el dueño de la fonda, cuando le pagaba me preguntó que de dónde había sacado a esa niña y le narré sucintamente lo que había pasado y a donde me dirigía.

El buen hombre puso una cara de susto que me bajó un poco el ánimo, pero haciendo de tripas corazón salimos al comienzo de la aventura.

En efecto apenas saliendo la nena me señaló la esquina donde debíamos doblar y empezar a subir la cuesta empedrada. La calle se perdía en la oscuridad de la noche como una larga serpiente, iluminada de vez en cuando por un mortecino poste de luz que luchaba por disipar las tinieblas.

Increíblemente, a pocas decenas de pasos de haber empezado la ascensión, el tráfico de la ciudad se fue diluyendo poco a poco hasta pasar a ser un runrún lejano, y nuestros pasos resonaban en la calle, mientras las casas coloniales, vetustas, oscuras y silenciosas iban quedando atrás.

La noche era fría y amenazaba lluvia. Pocos transeúntes se cruzaban con nosotros y parecía no importarles nuestra presencia pues pasaban con la cabeza gacha y sin, aparentemente, mirarnos.

Llevábamos unos veinte minutos de caminata cuando en una esquina, bajo la luz del poste, como a unos treinta metros de distancia, divisé las sombras de tres personas que se hallaban conversando, las manos en los bolsillos de sus chaquetas y moviéndose nerviosamente zapateando el suelo, posiblemente por el frío que hacía.

Observé como nos miraron desde esa distancia y como se quedaron observándonos mientras nuestros pasos nos acercaban cada momento a ellos. Finalmente, sin mirarlos a la cara, los rebasamos y avanzamos lentamente hacia la cumbre de la montaña, donde aún no estaba la Virgen actual, sino un túmulo recordatorio de la famosa olla del panecillo.

Llegados a la planicie que hay en la cumbre, la última farola del último poste de luz finalmente dejó de alumbrarnos. La calle se había terminado y la niña enrumbo por un chaquiñán que medio se divisaba en la penumbra de luz que llegaba de la lejana ciudad.

Pregunté.

— ¿Está segura que es por aquí?

— Sí señor, ya mismo llegamos, dijo en voz baja.

Los altos matorrales seguían sucediéndose mientras avanzábamos y a unos cincuenta metros más o menos alcancé a divisar una luz titilante que aparecía y desaparecía en medio de las puntas del pajonal.

— Esa es mi casa, dijo la niña.

Menos mal, pensé, ahora se acabará la angustia de los padres de esta niña.

Y en mi fuero interno me alegré de haberme aventurado a regresar a esta niña al seno de su hogar y un profundo orgullo por lo que estaba haciendo.

Ahora me empezaron a llegar los sonidos de la casa.

Música pasillera con la voz desentonada de algún cantante misterioso. Risas y sonoras carcajadas de algunas personas que aplaudían la ocurrencia. El viento de la noche me trajo el fuerte olor de aguardiente, chicha y cigarrillos que salía del interior de la vivienda.

Ya en el dintel de la desvencijada puerta de la casa vieja, por donde se escapaba la luz a través de las hendidias de las paredes de madera, la niña me dijo

— Ya váyase nomas señor.

— No, espera que voy a llamar para entregarte a tu mamá, le dije.

Al punto con mis nudillos di tres golpes a la puerta.

La música cesó. Las voces callaron

— ¿Quién es? dijo la voz media cascada de una mujer.

— Yo, contesté.

— ¿Quién yo?

La voz era cautelosa y mostraba recelo. La puerta seguía cerrada y las voces seguían calladas.

Entonces la niña dijo.

— Mamá, soy yo, abra la puerta.

De golpe, la puerta se abrió y observé a una mujer de unos 40 años, trigüeña, de melena sucia y despeinada que vestía una falda de tela gruesa y se cobijaba con una chalina anudada al cuello que se plantó frente a nosotros.

Yo empecé a decir

— Estaba sola en el carro que veníamos a Quito ...

Cuando la mujer agarró violentamente del brazo a la niña y de un empujón al tiempo que cerraba la puerta, la aventó dentro de la casa.

Yo me quedé parado por un minuto en el mismo sitio. Perplejo y medio asustado. Adentro la niña empezó a llorar y las voces de los hombres cobraron vida. Las risas volvieron y apagaron el llanto que había oído.

Nadie salió.

Todavía por un tiempo más permanecí en el mismo sitio, sin saber qué mismo esperaba, hasta que, finalmente empecé a desandar el camino.

Lentamente al principio y con todas las preguntas del mundo sobre mi cabeza, el camino de regreso parecía más largo de lo que recordaba.

Por los momentos que había vivido en esa vetusta choza, imaginé que ese antro era alguna cantina perdida en la montaña.

— Bueno, me dije, la gente tiene que ganarse la vida de alguna manera.

Pero al punto, la intriga por la actitud de esa mujer que ni siquiera preguntó nada por la ausencia de su hija, ni agradeció que la devolviera, me hicieron cuestionarme si había hecho bien en devolver a ese angelito al antro del que, tal vez había tenido la oportunidad de escapar.

Ya estaba en los límites de la penumbra que llegaba del primer poste de luz del regreso y miré mi reloj.

Las diez de la noche. Cómo corría el tiempo.

Aceleré el paso mientras una llovizna pertinaz empezó a caer.

— Bien, me dije. Así no me cruzaré con ningún malviviente en las calles de regreso.

La bajada se inició y mis pasos resonaban huecos en el túnel que formaban las viejas casas del barrio del Panecillo. Volvían muy apagados y en crescendo los ruidos de la ciudad que a esta hora empezaría a quedarse desierta.

Y mi corazón y mi alma se encogían a cada rato con el llanto que había escuchado de aquella niña, de aquel ángel perdido que yo había devuelto al infierno.

Y así llegué finalmente a la gran arteria citadina de la 24 de Mayo.

Nadie me atacó. Ningún borracho o mariguanero pareció reparar en mí. Era como si fuera invisible.

Finalmente, sobre las 11:45 de la noche llegué a la habitación donde vivíamos los tres amigos.

Mi primo y nuestro amigo, dormían.

Entré, cerré la puerta en silencio me desnudé y me metí en la cama. Cansado, emocionalmente agotado, con mil preguntas sin respuesta y millones de suposiciones en mi cabeza.

¿Qué hubiera pasado si la niña no me encontraba a mí?

Por qué a la madre, si caso lo era esa mujer, ¿le importaba poco saber dónde había estado la niña?

¿Qué era esa casa, una cantina, un prostíbulo? Cuál será el futuro de esa niña. ¿Debo volver con luz del día para indagar algo más?

¿Por qué me había tocado a mí vivir esa aventura?

Finalmente debo haberme quedado dormido y la luz de un nuevo día alumbró la ciudad.

Mi primo me dijo

— Que loco, arriesgaste la vida de gana, menos mal que no te pasó nada.

No preguntaron qué había pasado, ni tampoco dijeron si habían estado preocupados por mí o peor les importó saber por el destino de la niña.

Pero yo les dije.

— Debí estar loco, es verdad, pero qué hermosa locura es ésta que me permite sentirme tan realizado, por haber enfrentado los peligros de la noche en semejantes andurriales y haber podido regresar a esa niña a su hogar.

— Siempre serás un idealista, dijo mi primo.

Y punto.

Han pasado muchísimos años. El joven que era yo rememora a estas alturas de la vida, los momentos que viví.

Si Dios la cuidó y creció y se hizo mujer, si tuvo hijos, tal vez ahora será abuela.

¿Recordará el episodio que narré?

El ángel perdido fue mi prueba de bondad y empatía con la sociedad. Me descubrió el camino a seguir con respecto al ser humano. A fin de cuentas, aprendí que naces para servir no para servirte de los demás. Y que finalmente, no esperas que buenas acciones tengan más reconocimiento que la satisfacción de tu conciencia.

Mi ángel perdido, finalmente sirvió para encontrar mi camino.

Y punto.

EL ZAPATO



Y ahí estaba.

Un zapato de hace más de 65 años.

Tenía polvo, tenía arrugas, tenía tristeza, tenía recorrido.

Era el zapato de un niño, perdido en el viejo desván de la casa.

Tenía la marca de algún puntapié dado al descuido a alguna piedra del camino.

Tenía en el tacón un rayón, recuerdo de algún desgraciado resbalón en el lodo o en la acera de la barriada donde alguien, en algún momento, había dibujado con la tiza de la escuela, la rayuela donde cada día saltaba la Fidelia.

Ya no tenía cordones.

Tal vez se fueron quedando despistados en el eco de algún juego de pelota, o en la angustia compartida de amarrar los zapatos de un amigo.

¿Y qué fue del otro?

Ah, ya recuerdo.

Lo tiramos al árbol de manzanas y le erramos, por bajarle una fruta a la niña más bonita del barrio.

El zapato se perdió en el predio del hombre gruñón que no sabía de amores de niños.

Y este era el zapato que, desde el cordel altísimo de la luz eléctrica, con las inclemencias del tiempo y el olvido, se fue abriendo lentamente como si un lagarto misterioso y aburrido abriera la boca en cámara lenta.

Tenía polvo y olvido.

Olvido recuperado cuando lo levanté del piso.

Porque de pronto como una avalancha mitológica venida del confín del mundo, vinieron del pasado a trompicones los olores, los sonidos, las canciones de los vecinos del barrio, y la voz de mi madre cantando en su vieja máquina de coser, siempre cantando.

Y el vuelo de mi cometa airosa compitiendo con las golondrinas allá, al filo de la quebrada donde el viento era del señor de los caprichos, a veces furioso y en otras demasiado perezoso.

¡Viento!

¡Por qué no venías a tus horas, viento!

Y el viento al conjuro de todos los cachetes inflados de nuestros amigos, silbando la ancestral llamada, parecía obedecer.

Fuiiii, fuiiii fuiii,fui fui

Llegaba lento, como diciendo: ahora verán guambras, sosténganse bien.

Y de pronto rompía furioso elevando las cometas hacia el sol de la tarde, llevándose “telegramas” en el hilo del cautiverio mientras nuestros gritos llenaban de algarabía las tardes de nuestra niñez.

Cuando no sabíamos lo que era la felicidad.

Y que ahora, tanto añoramos.

¡¡Ah, zapato viejo!!

Sí que recuerdos tienes.

EL ÁNGEL QUE ME AMÓ



Sobre el filo de la madrugada serrana, en la hora misteriosa y cómplice de los duendes y los amantes furtivos, la puerta batiente de la cantina dejó pasar al hombre que entró lentamente al tugurio lleno de humo y de música pasillera.

El ambiente era tristón y lloroso gracias a la música que planeaba sobre las cabezas de los tipos medio borrachos que a esa hora pululaban en la cantina.

Entró casi sin mirar a nadie. Apenas una mirada lenta y helada hacia el frente, donde una mesa para cuatro milagrosamente estaba vacía. Y se sentó con aire de cansada resignación en el rincón más oscuro, como queriendo fundirse con las sombras de la pared.

Apenas si, su presencia fue notada por los demás, enfrascados en el juego de naipes y en el trasiego de los licores baratos, o de la única mesa de billar donde dos torpes borrachines se empeñaban en atinarle a la bola ocho.

Se pasó la mano por la frente en gesto de absoluto cansancio, y al hacerlo su pulgar aplastó unos cabellos plateados que salían furtivamente por la gorra que cubría su cabeza.

Vestía un jean descolorido, botas de obrero o de caminante y la gruesa chaqueta de lana que le daba abrigo tenía algunos años de cumplir esta función, pues mostraba así mismo, un desvaído color oscuro que probablemente alguna vez fue negro.

Del interior de la chaqueta, el hombre extrajo una cajetilla arrugada de cigarrillos, sacó uno y con un cerrillo que apareció de pronto, lo encendió.

Entonces dio una larga calada, con los ojos casi cerrados, expulsando el humo a continuación, con lo que pareció un suspiro de añoranza o tristeza.

Aparentaba probablemente unos cincuenta años. De complexión robusta y un metro setenta y cinco de estatura, manos anchas de dedos cortos, cara alargada donde brillaban inusitadamente unos remotos ojos grises, y cuando la gorra ocupó el lugar que le correspondía sobre la mesa, su cabello entrecano y abundante fue sacudido con un gesto de fastidio.

Al fondo, en las antípodas de la cantina un parroquiano de mirada vivaz e inquisidora empezó a fijarse en el forastero con disimulado interés.

El tipo, flaco y esmirriado, vestía una chompa de capucha, algo grande para él, que le daba un aspecto juvenil y parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Uno de esos tipos que se pasan en las cantinas, bebiendo de mesa en mesa, amigo de todos los asistentes, jugador de naipe solo de vistas, mediocre billarista, buen conversador y administrador de una centena de cachos a cuál más colorado y pícaro, por lo que era siempre bien recibido en el grupo de los bebedores.

Pero esta noche, decididamente se mantenía solo, observando al recién llegado con ojos de halcón.

Alguien se levantó de una de las mesas de póker y con tambaleante paso se dirigió a la vieja rockola, depositó una moneda en la ranura y escogió las canciones que le pareció mejor.

Enseguida el ambiente se llenó de la música de un viejo pasillo que hablaba de los amores de un hombre mayor con una dama de muchísima menor edad, por lo que ella ni siquiera vivía y él ya caminaba por el final del día.

El forastero tenía ya sobre su mesa una botella de licor y en su mano derecha un cigarrillo a medio consumir. Con gesto de cansancio cruzó sus manos en la frente y cerró los ojos. Su aspecto era de profunda concentración, abstraído del ambiente, parecía que no escuchaba nada, y así se mantuvo mientras otra canción pasillera se desgranaba con sus notas tristonas y el ambiente se ponía aún más melancólico.

- ¡Cuarenta, carajo! – dijo alguien con alborozo en una de las mesas y las risas de los contertulios inundaron de pronto el local.
- Para que aprendan, ¡guambritos! – advirtió el compañero del primero y los perdedores picados pidieron de inmediato la revancha.

Y el local nuevamente se sumió en el humo de los cigarrillos, el murmullo de las conversaciones, la música y el chocar de vasos llenos de licor y los saludos de los bebedores.

El fisgón continuaba en su mesa y no cesaba de observar al forastero que ya llevaba casi mediada su botella.

El rostro algo crispado del hombre, con sus mandíbulas apretadas, su mirada perdida y la mano derecha sosteniendo su mentón, era la viva imagen de la concentración y la preocupación.

“Qué diablos le pasará a este tipo”, pensó nuestro guardián de pueblo. Y quién será, se dijo para sus adentros.

Y ahora el ambiente se inundó con la melodía de una canción moderna, una balada que dejó oír sus notas tristes y llenas de melancolía con su letra en estribillo que decía: *“por qué se fue, por qué murió, por qué el Señor se la llevó”*.

El paisano se fijó de inmediato en el forastero que detuvo la copa que casi llegaba a sus labios. Vio cómo se congeló el movimiento en el hombre y su mirada perdida sin ver nada se diluía en el humo de la cantina, mientras de su pecho se escapaba un gemido imperceptible de honda tristeza y desolación.

La canción seguía desgranándose y el hombre pareció recuperar poco a poco la serenidad. Esta vez trasegó de golpe la copa y de inmediato volvió a llenarla.

Picado por la curiosidad el paisano se levantó despacio abandonando su mesa, y con pasos cautelosos como si no quisiera la cosa fue acortando la distancia poco a poco con la mesa de nuestro amigo.

Una palabra aquí, otra más allá. Un trago aceptado en esta mesa y un saludo a la otra y ya de pronto estaba junto a la mesa del forastero.

— Qué tal amigo – dijo a modo de saludo– acepte una copa de un paisano que como usted está solo esta noche de frío. Y le tendió de inmediato la copa de anisado.

— Me llamo Edgar, agregó por presentación.

El forastero alargó la mano y cogió la copa. Entonces el estribillo de la canción sonó una vez más *“por qué se fue, por qué murió”* y Edgar observó el rictus de dolor que se dibujó en el rostro del hombre y sintió el crujir de sus nudillos al cerrarlos sobre la copa.

A modo de disimulo, con secreta intención dijo,

— Hace tanto frío, que hasta los muertos deben estar helándose en sus sepulturas.

El hombre levantó su cabeza, y se le quedó mirando de una forma indefinible. Luego de un rato que pareció eterno, dijo con una voz apenas audible:

— Y están tan solas las tumbas frías, tan desolados los cementerios y son tan oscuras las noches de los muertos.

¡Ajá!, se dijo el paisano, aquí hay una historia y quién sabe si podría ser suficientemente interesante.

— Amigo – volvió a decir el fisgón – los seres humanos somos simples briznas de polvo en el cósmico devenir de los tiempos. Aquellos que se fueron, simplemente dejaron de ser y ya no les importa si hace frío o calor, o si es noche o día.

En el fondo de esas pupilas grises con que el hombre le miró, un rayo de ira brilló por un instante y desapreció así mismo con igual rapidez. Edgar se sentó en la butaca libre que estaba al lado opuesto de la mesa y dejó la botella de anisado en el centro de esta.

— Caray, pero qué le hace, al menos tenemos este licor bendito para calentarnos. Y llenó una vez más la copa. Sírvese don...

— Gracias – dijo el hombre no dándose por aludido.

La canción, con el mismo retintín, terminó. Y la máquina quedó muda pues nadie la había alimentado de más sures para que siguiera tocando. Con paso lento el extraño se acercó, depositó otra moneda y seleccionó la misma canción que inundó otra vez la cantina con el lloroso “por qué se fue”.

— Usted debió perder a alguien muy querido – dijo el paisano cuando el forastero regresó a la mesa – y al parecer ha vivido lamentando mucho tiempo esa pérdida. Sabe, yo también he perdido a mis padres y uno que otro tío o tía y comprendo su dolor.

— ¿Y ellos están sepultados en el viejo cementerio de la ciudad?
—preguntó el hombre.

— Claro, dónde más. Toda mi familia, es decir los que han muerto están aquí. Aquí se entierran a todos los del pueblo que se mueren. Nadie puede irse de aquí, ni siquiera después de muertos, concluyó con fatalidad.

— Y sin embargo hay un muerto que fue enterrado aquí y ya no está– dijo en voz baja el hombre– nadie sabe dónde está. Y yo mismo que me fui y que he regresado pareciera que no soy ni estoy en la tierra que vine buscando.

Edgar quedó en silencio, en principio y no supo qué decir. No atinaba a hilvanar una frase con que iniciar otra vez la conversación. El dolor profundo que notó en las palabras del forastero pareció congelar aún más el ambiente, y petrificar las acciones de la gente.

- Tal vez podría ayudar si tan solo supiera de quién se trata— dijo respetuosamente el paisano.
- No lo creo, usted es muy joven y con seguridad no debe conocer a nadie de mi tiempo. Si será así, fíjese, que nadie me recuerda ni me conoce. Las cosas han cambiado demasiado en el terruño del que me fui hace tantos años, y que he vivido añorando día a día donde quiera que viviese.
- Ah, entonces usted es de aquí, ripostó enseguida el paisano.
- De aquí mismo. Pero sírvame un trago, y tal vez le cuente la historia que he venido a encontrar en estas calles que ya no son las mismas de antes pero que tienen enterradas bajo el cemento y el asfalto las huellas que dejaron los pies de la persona que no encuentro.

Y así lo hizo con rapidez el buen Edgar.

Afuera el viento implacable corría locamente en la meseta, llevándose briznas de paja y polvo por medio de las calles desoladas. La noche oscura y fría reinaba por doquier y la mañana estaba aún lejana cuando el hombre volvió a hablar.

- Escuche, dijo, Voy a contarle algo que tal vez le dé suficientes pistas para que pueda ayudarme a buscar lo que quiero. Pero debe quedar entre usted y yo. Es una historia que a nadie debe interesar y usted debe prometerme que así se hará.
- Lo que diga – se apresuró a decir Edgar – Nadie lo sabrá de mis labios, agregó.

El hombre volvió a llenar la copa hasta el borde, como para darse ánimo, la trasegó de golpe y dejándola caer en la mesa, empezó a hablar y contar su historia.

Tenía apenas dieciocho años y había salido a pasear por las calles del pueblo, empezó.

Como cada noche, mis pasos me habían llevado por las pocas calles que en ese entonces formaban el pueblo, y que con un cigarrillo en mi boca yo las medía— como si fuera inspector municipal según mi madre— hasta que daba la media noche y volvía al hogar.

Pera esa noche era distinta.

Arrebujado en mi chamarra de nuevaolero y que tenía una gran águila pintada en la espalda, de pronto vi la sombra de alguien que bajaba por la calle que venía del viejo hospital. La farola de la calle era tan débil que apenas daba luz y la sombra se acercaba cada vez a mi paso. Era una mujer. Vestía de blanco y aún conservaba la cofia de enfermera pues venía del trabajo cumpliendo la jornada nocturna como cada noche, de hace más de treinta años atrás.

Era Carmen, la niña de mis sueños.

Mi amor primero.

Era casi la medianoche y la calle del pueblo serrano donde vivíamos estaba, como siempre desolada, apenas alumbrada por la mortecina luz de la farola que pugnaba por romper las sombras que campeaban por doquier en la calle tenebrosa.

El frío de la noche apretaba, y yo alcé el cuello de mi chamarra para protegerme del viento que pasaba a raudales, como un río helado y dejando un poco de escarcha en mis narices.

Ella, de reojo me miró, y con su ligero andar dio un pequeño traspié que no pasó inadvertido para mí. Nuestros pasos poco a poco iban acercándonos y yo sentía a mi corazón latiendo como una desbocada locomotora mientras ella seguía cada vez más próxima.

Y al fin su paso se cruzó con el mío.

Me miró, la miré y juro, que en esa noche oscura pude ver en sus ojos claros y su tímida sonrisa, el mensaje de amor que por tantos años yo había venido esperando y que nítidamente me llegó como si una riada me inundara y me arrastrara consigo hasta los confines del mundo.

El mensaje que siempre estuve esperando desde lo lejanos años de mi niñez

Me di cuenta nítidamente que ella siempre estuvo allí para mí. Que lo que yo había entrevisto en las tantas misas que acolité y las tantas limosnas que ella me dio en los años que habían pasado hasta entonces, era una realidad que ahora se revelaba abruptamente para mí.

Y entonces tuve el impulso de acercarme, y al hacerlo, infeliz de mí, recordé al instante la tarde en que, así mismo, años atrás, ella se había detenido para conversar conmigo.

Recordé, infeliz de mí, lo que me dijo.

Y la dejé pasar.

Ella, con su grácil caminar, se fue alejando de mí. Yo me había quedado clavado en el mismo sitio mirándola y ella llegó hasta el dintel de la puerta de su casa, y de allí se volvió a mirarme.

¿Vi que su mano se alzó como si me dijera, hasta pronto? ¿Tal vez creí ver moverse sus labios diciendo algo así como, hasta mañana? La verdad, hasta hoy no lo sé, ni nunca lo sabré. Solo sé que ella me miró, solo sé que leí en sus labios y en su ligera sonrisa el mensaje de una promesa que algún día se haría realidad, y que dejé pasar, y que nunca jamás la volví a recuperar.

Y todo por ese episodio estúpido de mi vida de niño que pesa en mí como un lastre que jamás he podido sacudir.

— Amigo – dijo Edgar – tenga, tenga esta copa. Apúrela. No se culpe. Usted era muy joven, y ya se sabe, los jóvenes somos inconscientes a más no poder. Yo mismo...

— Sí, sí, dijo el hombre. Y usted no sabe cuánto me pesa haber sido así. Debí haber actuado más decididamente. Debí haber ido hacia ella. Debí... y si voz se quebró en un profundo lamento.

El hombre enterró su cara en medio de sus manos mientras hondos sollozos sacudían su cuerpo y el drama que se vivía en esa apartada mesa de la cantina pasaba inadvertida para los demás parroquianos.

Más tarde, después de otras copas apuradas en silencio, el hombre volvió a hablar.

Todo comenzó cuando yo tenía algo así como doce años y mi pubertad pugnaba locamente por hacerse presente. Pero los escarceos con las chicas de mi edad, solo se limitaban a ella, solo a ella, la más linda de las niñas del pueblo y por la que yo era capaz de cometer las más inocentes idioteces.

Como quedarme por horas en la plazoleta vacía del frente de su casa solo por el placer de mirarla un momento.

O la de asistir a todas las misas que oficiaba el cura del pueblo, hasta verla llegar por fin del brazo de su madre, sentarse a escuchar el oficio con su carita de ángel bueno y yo dale a mirarla y solo a mirarla, sin tener jamás el valor de decirle nada.

Y ella dale a mirarme de reojo, con su gesto de picaresca inocencia sabiendo bien que yo la miraba siempre, siempre la miraba.

Hasta esa tarde en que ella se detuvo a hablar conmigo.

Y yo debí decirle sin ningún miramiento ni ternura, ni nada por el estilo pues era la primera vez que lo decía:

— Carmita, yo la quiero.

Y ella, sonriendo, que se marcha y yo tratando de detenerla la cogí por el brazo solo para que ella se alejara más, sorprendida de mi audacia, con un gesto de sorpresa diciendo

— ¡Déjeme!

¿Había algo de sorpresa en su mirada? ¿Acaso no lo esperaba? No atiné a descubrirlo ese momento. Era tal mi agitación, mi niñez, mi ninguna experiencia y desencanto pues yo esperaba otra cosa que, la dejé marchar.

Era una tarde ventosa de verano y en el medio de la plazoleta que quedaba junto a la vicaría del pueblo, permanecí sin saber qué hacer, qué decir, ni qué pensar.

Estaba perdido.

Yo creía que bastaría con que le dijera que la quería y ella se arrojaría a mis brazos, pero a cambio se había apartado aprisa y me había dejado sumido en el más profundo desconcierto y la mayor tristeza que niño alguno sintió jamás.

Ella se había alejado, inalcanzable para mí, insondablemente inalcanzable pues su “*déjeme*” había sido tan despiadadamente frío, para mí, y despectivo, que supe con certeza que jamás volvería yo a intentar acercármela.

No para recibir otra vez la misma o peor respuesta. Nunca más.

Pobre niño aturdido e inexperto.

¡¡Qué sabía yo aquello de que, el que la sigue la consigue!!

Un mes más tarde entré a estudiar el segundo año de secundaria en el seminario de Atocha, de donde solo saldría al finalizar cada año de estudios, para vivir prácticamente en la casa parroquial del pueblo, dedicado al culto y la pastoral.

En los años que siguieron solamente la volví a ver ocasionalmente en las misas que me tocó officiar de monaguillo del cura del pueblo, en los tres meses de vacaciones de cada año.

Vestido con la casulla de monaguillo, la misa pasaba a velocidad de vértigo, y letanías y misere nobis eran repetidos por mí de forma automática, pues solo tenía ojos y pensamientos para ella, que sentada en la banca de siempre junto a su madre, también me miraba a hurtadillas.

Al pie del altar, bajo el Cristo que dominaba la capilla, mi corazón latía desbocado por la niña que amaba más que a nada en el mundo.

Y solo esperaba el momento de acercarme a ella cuando llegara el momento de las ofrendas.

Allí el plato limosnero que pasaba en cada oficio temblaba en mi mano cada vez que me acercaba al sitio donde oraba la niña que cada año se convertía en mujer.

Ella dejaba su óbolo y con él un poco de bálsamo para mi corazón.

Ese bálsamo que recogía durante las vacaciones de cada año escolar era el que me ayudaba a seguir un año tras otro en el colegio de curas donde me formaba.

Donde atesoraba su recuerdo mientras me hacía hombre yo también.

Siempre a la espera de volver al pueblo con la esperanza de mirarla.

Y así pasaron cinco años que se fueron como un suspiro.

Yo me hice hombre. Ella se hizo mujer.

Y nuestros caminos no se volvieron a encontrar más hasta esa oscura noche en que yo vagaba por las calles del pueblo, solo, meditando en el futuro que se habría prometedor para mí en los deportes ya que había sido contratado para jugar fútbol profesional y era el primero de mi pueblo que lo hacía.

— Espere, dijo el paisano, ¿Ella se llamaba Carmen? ¿Carmen Freire? Creo empezar a tener una idea. Hay una leyenda que me han contado mis padres.... No le prometo nada, pero tal vez...sí, creo que mañana tal vez...pero no prometo nada, ¿eh?

— Si, ya –dijo el hombre. Entendido, además yo mismo no tengo ninguna esperanza. Tal vez debería dejar de buscar. Tal vez la muerte que busco debería ser mi propia muerte, pues a lo mejor, solo así la podré encontrar.

Silencio.

Un largo momento de silencio. Nadie decía nada. La idea rondaba en sus mentes como la niebla de la madrugada inunda cada rincón del páramo. Pero fue el mismo hombre quien, como si saliera de un profundo sopor volvió a tomar el hilo de la conversación y dijo así:

— Y en esa actividad, la del fútbol, me enfoqué durante los siguientes tres años.

Tres años en los que el tráfico de mi vida deportiva me llevó por ciudades desconocidas, estadios míticos solamente vislumbrados en las narraciones deportivas de alguna radio, hoteles lujosos y gente que me rodeaba con halagos y mimos, juegos de ensueño alternando con quienes hasta hacía poco eran mis ídolos, y experiencias sin cuento que aún ahora me cuesta creer si no los soñé.

Pero siempre regresaba a la casa de mis mayores en el pueblo nuevo donde me crié y donde estaban mis sueños sin cumplir.

— Espere, un momento, por favor. ¿Dijo usted que jugó profesionalmente? Interrumpió Edgar.

— Sí, pero eso no viene al caso. Lo que importa es que nunca volví a hablar con la mujer que había sido mi primer amor, la primera en inspirar mis más puros sentimientos y mis más prístinas emociones del corazón.

En algún rincón de mi alma, adormecieron estas emociones y allí se guardaron por años, obnubiladas por otras de diferente origen y pureza; aquellas que se abrieron en brazos de mujer y me enseñaron y me hicieron hombre, aquellas que pasaron como fuegos desbastadores, pero cuya huella, por su fugacidad se perdió, así mismo en el olvido. Hasta la noche en que me dio el mensaje de amor en su mirada y que yo no supe entender.

— Y el tiempo pasó, dijo finalmente el hombre.

La cantina se desocupaba. Los parroquianos iban poco a poco desfilando, el cual más el cual menos, trastabillando por los tragos ingeridos, regresando a un hogar cualquiera en busca de un lecho tibio o la caricia de la mujer amada.

La estancia, se enfriaba de a poco con la madrugada serrana, y el pacheco se apoderaba de todos los rincones.

Y el hombre volvió a hablar.

— En la mañana de un día cualquiera del invierno de 1969, brumoso y sombrío, sentí que por la calle bajaba un lamento cada vez más hondo. Un llanto lastimero y profundo venido del más recóndito recoveco del alma doliente, y salimos a mirar lo que pasaba.

El hombre continuaba hablando como si conversara para sí mismo.

— Calle arriba, como si viniera dando tumbos con el viento, los lamentos bajaban a trompicones y nos envolvieron con la desgracia.

Yo, casi indiferente, volví a entrar en casa. Ya mamá se enteraría y nos lo diría.

Y así fue.

Mi madre, fue la primera en enterarse.

Entró en casa después del cotilleo con las vecinas y como si nada me dijo:

— ¡Se ha muerto la Carmita Freire, la enfermera!

Un rayo.

Una losa inmensa sobre mí.

Un millón de toneladas de arena y yo atrapado en medio de ellas, sin poder respirar, sin poder moverme. Los ojos abiertos sin ver nada, hasta que mi madre volvió a decir lo mismo.

— ¿Me oíste? Se ha muerto la Carmita Freire.

Yo me encaminé como un zombie a mi cuarto, y entrando en él cerré la puerta. Me senté en la cama y hundí la cara en mis manos. Luego llegó el torrente de lágrimas como río desbordado y en silencio, como si hubiera cometido un pecado, me arrodillé en el frío piso del cemento y solo atiné a decir:

— Por qué, por qué, por qué...mientras lloraba y lloraba.

¿Por qué se lleva Dios las almas de las personas buenas del mundo y nos deja tan solos, solo con el fantasma de su recuerdo? Sobre todo, por qué había truncado algo que ni siquiera era algo real, ¿tangible? Ni tan siquiera algo pecador, terrenal, digno de suprimirse y al contrario era la esencia misma de lo más puro y sublime que jamás nunca volví a sentir.

Se había muerto y se había ido la niña—mujer que inspiró por años mis más puros sentimientos, mis más solitarios desvelos y había sido la musa inspiradora de mi más ferviente poesía.

¿Sabe? El primer poema de amor que hice en mi vida fue para ella, y para ella fueron todos mis triunfos, mi vida entera, y ahora muy tarde, caía en cuenta que nunca más sería igual.

Se había muerto la niña de mis sueños, la cutsuquita, la Carmen Freire, el amor siempre venerado y nunca conseguido, la musa de mis años juveniles, la amante soñada en mis sueños más profanos.

Se callaron para siempre sus pasos quedos en el empedrado de la calle, ya nunca tendría la oportunidad de volver a verla, ya nunca vendría ella hacia mí. Ya para siempre estaba condenando a buscarla en cada rostro que se pareciese a ella, en cada sombra que en la noche viera, en cada cofia y vestidura blanca que hallara entre los muros de algún hospital cualquiera, en cada noche fría donde su fantasma se aparecería siempre al llegar al terruño venido yo, del confín del mundo, cansado de buscarla inútilmente.

Inútilmente.

Y con sus últimas palabras, también la canción, ahora solicitada por otro lugareño, empezó a valsar la tonada y el estribillo fatídico de esa noche, por qué se fue, por qué murió....

Los dos se quedaron en silencio un largo rato como escuchando la canción sin escuchar nada, como si con su silencio veneraran de alguna manera la imagen y el recuerdo de esa persona, para Edgar desconocida, pero para el hombre que lloraba, la diosa que había perdido.

Una copa más fue servida y colocada en el rojo tapete de la mesa. Entonces Edgar dijo muy despacio.

— Amigo, lo que me ha contado es bastante triste y entiendo que haya marcado su vida. Usted la amaba, pero ¿cómo tiene la certeza de que ella lo amó si nunca recibió un beso o un abrazo o una palabra de amor de ella?

En silencio, la mirada gacha mientras el humo del cigarro lo envolvía, el hombre se quedó pensativo un largo rato. Y luego alzando la mirada, una mirada perdida en el infinito, empezó a hablar, quedamente, como susurra el viento por los trigales de la colina en una tarde soleada.

La mortecina voz continuó.

En los meses que siguieron a su funeral, cada tarde de cada día, después de venir del entrenamiento, inevitablemente yo recorría el camino al viejo cementerio. Allí, oraba al pie de su tumba y hablaba con ella como si aún pudiera oírme. El viejo panteonero me veía salir cansado, cuando ya la noche se adueñaba de todos los rincones del camposanto y las tumbas desaparecían en la oscuridad del olvido.

Así, cada día. Así cada noche. Hasta que la rutina dejó de ser una opción y no sé en qué momento mismo, mis visitas empezaron a espaciarse y dejé de ir, meses más tarde.

Claro que no la olvidé.

Claro que no la había dejado de amar. Pero el pragmatismo de la vida y mi actividad deportiva me halaban a desempeñarme en un mundo competitivo donde la añoranza, el misticismo y la poesía no servían para nada. Era un mundo donde en el buen sentido, o matabas o te mataban.

Y la vida debía seguir.

El circo y la función debían continuar.

El hombre se había callado.

El tinterillo de pueblo tabaleaba en la mesa, como empezando a entender que algo más venía ya mismo a poner más drama en el relato de este hombre cuya desesperación era palpable.

Casi ya no quedaban parroquianos en la vieja cantina que ahora estaba sumida en el frío de la madrugada. El dueño en un rincón daba cabezadas de sueño y la vieja rockola se hallaba en silencio.

La estancia, sin música y sin el barrullo de los ebrios, parecía el cascarón abandonado de un naufragio en la playa.

Nuestro amigo parroquiano volvió a llenar de licor los vasos que reposaban en la mesa de la cantina y se quedó a medio encender el enésimo cigarrillo de esa noche, cuando el hombre volvió a hablar casi en un susurro, como si su voz saliera de un pozo, como si su voz no quisiera ser oída.

— Ella me envió un mensaje.

— Ella me envió un mensaje desde el más allá.

Edgar alzó bruscamente la cabeza que inclinada estaba mirando al suelo. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral mientras aguardaba lo que vendría.

— Ella me envió un mensaje desde el más allá –volvió a decir el hombre.

De lejos llegó el ladrido lastimero de algún perro que penetró y se desparramó en la estancia como la niebla del páramo se escabulle hasta los más escondidos rincones de la montaña. La piel del paisano se erizó al instante y el cantinero que había, furtivamente, acercado una silla a la conversación de los dos únicos borrachos que quedaban, se persignó con miedo.

— Así es, así fue. Y así fue también como lo supe. Así fue como supe que me amó.

— Pero cómo, ¿cómo fue posible tal cosa? Inquirió el paisano.

El hombre dio una profunda calada al cigarrillo y un trasiego de licor mediado el vaso. Y siguió hablando.

— Fue como seis u ocho meses después, cuando una tarde en que regresaba de entrenar, al llegar a casa, mi madre me recibió con un cierto aire de misterio que no pude dejar de notar.

Mientras me servía la comida y preguntaba como al azahar cómo me había ido, no dejaba de apretarse las manos, pasárselas por su bella y larga cabellera negra y movilizarse descuidadamente por su reino particular, que era la cocina de la casa.

Comí aprisa pues debía hacer mis tareas del colegio y cuando terminé mi madre levantó la vajilla apresuradamente y me dijo,

— Espérame en la sala que necesito hablar contigo.

En efecto, mi madre llegó momentos más tarde a la sala donde aguardaba expectante. Se sentó a mi lado y me miró con ternura.

Había algo inusitado en ella –púes no era muy dada al mimo– y me dijo muy quedamente.

— Hijo, la mamá de la Carmita vino hoy a hablar conmigo. Llegó como a la diez de la mañana y trajo unas cajas de cartón. Dijo que lo hacía porque desde hace unas tres semanas atrás no puede dormir ya que la difunta se le aparece en sueños y le ordena que venga donde ti y te entregue sus cosas. Ahí están en el cuarto tuyo, me dijo. Y calló.

Yo tenía los pelos de la nuca erizados. Un escalofrío me recorría las manos y no tenía voz. Solo estiré mi brazo para sostenerme en mi madre y ella me abrazó conmovida.

Después de poco le pregunté que qué más había dicho.

— Por favor mamá cuénteme todo, necesito saberlo todo, le dije.

— La señora vino como a las diez de la mañana, continuó mi madre, parecía bastante triste y llorosa. Pero sobre todo estaba angustiada.

Me dijo que desde hace algunas semanas atrás su hija se le aparece en el sueño y solo le pide que venga aquí, donde ti y te entregue todas sus cosas. Dice que le deben ser entregadas a ti y solamente a ti. Ahí en esas cajas están ropas de la difunta, zapatos, carteras y no sé qué otra cosa más. Yo le pregunté si había dejado alguna carta, algún mensaje y dijo que no.

Yo no quería recibir nada pues tú sabes, son cosas de difuntos, y a mí me dan miedo, y además no he sabido nada acerca de ti y de la Carmita, pero la señora se puso a llorar con tal angustia y desesperación diciendo que, si no cumplía lo que su hija le pide, no podrá volver a dormir nunca más en paz, que no me quedó más remedio que recibir lo que ella dejó.

Y mirándome a los ojos, me dijo.

— ¿Tú eras enamorado de la Carmita, mijo?

Con la emoción que me abrumaba y temblando de emoción, así como de algo parecido a un miedo místico, me acerqué a mamá abrazándola a continuación. Recliné mi cabeza en su hombro y lloré.

Necesitaba su abrazo, y su consuelo.

Y entonces le conté la verdad. Todo lo que he dicho hasta ahora sin omitir nada.

Solo, que la amé en silencio. Que nunca tuve con ella un abrazo ni un beso, ni una palabra de amor, pero que ambos sabíamos que nos amábamos. Que todo lo dijimos, con nuestras miradas y nuestros gestos que al fin y al cabo fueron el lenguaje más puro que pudimos encontrar para decirnos lo que sentíamos el uno por el otro.

Y que ya nunca más lo podré decir.

Mamá lloró también abrazada a mí. Como cuando era pequeño y la angustia de la pobreza nos hacía arroparnos en el abrazo mutuo para combatir el frío o el hambre.

Y así permanecemos un largo rato.

Y nunca más volvimos a hablar de ello.

¿Qué había pasado? ¿Por qué murió? ¿De qué murió? ¿Fue muerte natural?

En las noches de los días que siguieron, en esa nebulosa vorágine en que me hallaba, fueron filtrándose corrillos pueblerinos sobre lo que había pasado.

Nada certificado.

Rumores de que ella se había revelado a supuestas intenciones de relacionarla con alguien, por parte de su familia. Que ella se negó rotundamente. Que dijo que me amaba a mí. Que su padre le pegó por ello. Que luego amaneció muerta.

Que si murió de un golpe. Que si fue suicidio. Que si estaba enferma.

El pueblo chico infierno grande, estaba hirviendo en el chisme y qué dirán.

Y yo con mis ataques de melancolía al borde de su tumba todas las tardes, después del entrenamiento. A veces con una flor, otras con un poema. La mayor de las veces solo contándole como estaba y como me había ido. Y en otras preguntándole, siempre preguntándole por qué se había ido. Si me había o no amado como yo a ella. Si había sentido lo mismo que yo.

Hasta que ella me envió su mensaje desde el más allá.

Y después de un poco de tiempo más, la familia de mi amada se fue del pueblo.

¿Abrumados por el qué dirán de la gente? ¿En busca de días mejores para sus vidas?

Probablemente.

Pero se fueron llevándose un cargamento de sospechas que jamás fueron esclarecidas.

Y con ellos, el misterio de la muerte del ángel que me amó.

Y ahora el tiempo fue pasando. Mi corazón sangraba cada día en que la luz del sol al entrar por mi ventana señalaba el legado que me dejó.

Había convertido mi habitación en un altar para venerar sus cosas, su cofia de enfermera, sus zapatos, sus vestidos.

Y así cada día.

Con el tiempo llegué a casi no salir de mi habitación donde mis fetiches, pues en eso se habían convertido sus cosas, recibían millones de lágrimas y lamentos por la ausencia de la mujer amada.

Mi madre callaba. Y mis hermanos menores, me veían en silencio y casi como con miedo pues no hablaba con nadie. Mi padre, hombre parco y pragmático, esperaba al parecer que yo saliera de mi estado por mí mismo.

Dejé de frecuentar a los amigos y mi deporte fue relegado a segundo término, indefinidamente.

Llegué a convertirme en un ermitaño.

Y la muerte me estaba haciendo, soterradamente, un guiño, una invitación que cada día me parecía más plausible. Pues si ella se había ido, que más lógico para quien la amaba, sería seguirla al plano astral donde ella estaba.

La amaba, la necesitaba, y no estaba a mi lado.

Y solo tenía sus cosas. Sus recuerdos donde cada día buscaba la huella de sus manos, o en el carmín que dejó, la dulzura de un labio que jamás besé.

Hasta que una tarde, poco más de un año después, en un arranque de melancólica desesperación, salí a vagabundear por las veredas y chaquiñanes en el campo que rodea este pueblo.

Y allí, en uno de los senderos que suben hacia la cumbre del Teligote, encontré una anciana que vivía en una choza junto a sus nietos y una hija suya. La pobreza que las rodeaba me impactó de tal manera que no resistí sentarme junto al fogón y sus rescoldos fríos, para hablar con ella.

Con la frugalidad que ofrece la pobreza, comí lo que sus manos pobres me ofrecieron y en medio de una unción mística que poco a poco me invadió, sentí la presencia de mi amada en medio de esa choza llena de bondad y ternura.

Entonces supe con certeza absoluta que debía hacer lo que el alma noble de mi amada hubiera hecho.

Al día siguiente, ellas recibieron la ropa que necesitaban. Toda la ropa que ella dejó. Yo conservé solo un par de zapatos.

Y en la tarde que llevé a cabo esa acción, mi cielo volvió a abrirse, mi corazón encontró la paz tanto tiempo buscado y sé que ella sonrió en el más allá.

Y yo guardé en el fondo de mi corazón el amor más puro que me dio la vida.

El hombre calló.

Lágrimas se deslizaban por su rostro y su mirada clavada en el rincón más oscuro de la estancia, parecía estar viendo el fantasma que tanto había venido buscando.

Luego inclinó el rostro y cubrió su cara con las manos, mientras su cuerpo se sacudía al compás de hondos sollozos que brotaban de lo más recóndito de su atormentada alma.

Amanecía.

Sobre las crestas de las montañas de la cordillera una tenue línea de luz se empezaba a dibujar.

Abajo, en la meseta aún era la noche oscura como siempre había sido al preceder al alba.

La cantina estaba en silencio.

Edgar tenía lágrimas en los ojos. Y hasta el cantinero que no había dejado de seguir el relato del hombre, estaba anonadado por las emociones que se habían descrito en esa mesa.

De lejos llegó el canto de algún gallo madrugador.

El hombre se levantó despacio. Miró en su entorno y dijo:

— Sé que habrán de pasar algunos años más para que en el futuro y en un plano astral diferente, nos encontremos. Es el único camino que me queda por recorrer – y agregó como para sí mismo – después de todo ella ha estado en mi corazón todos los días de mi miserable vida.

Se encaminó a la puerta de la cantina, alzó el cuello de su chamarra y salió a la oscuridad de la calle.

El golpe del frío mañanero le aturdió un poco y reponiéndose empezó a caminar en medio de una tenue neblina.

Y poco a poco su figura se fue fundiendo con la oscuridad hasta desaparecer en la profundidad de la calle.

El viento sopló lúgubremente y una fina llovizna mañanera vino a dejar un poco de rocío en los jardines y en las calles del pueblo.

Y una nueva jornada, ajena a todas las tragedias de la humanidad, comenzó para el pueblo, donde el amor como en todos los pueblos del mundo, nace y muere cada día.

Cada día.

En el bus de pasajeros que salía desde Ambato hacia Quito, aquella calurosa y soleada tarde del verano de 1968, íbamos medio mal acomodados una veintena de pasajeros, de los cuales el más ensimismado era yo, eterno devorador de libros y de cualquiera publicación que cayera

en mis manos. Sin embargo, no pude dejar de notar en el tránsito de ese domingo cualquiera, el polvo que entraba por las abiertas portezuelas y ventanas, levantado del empedrado de la calle, formando como una cortina de bruma hacia la parte delantera del vehículo.

Me había embarcado en ese bus, rumbo a la capital de mi País, porque al día siguiente debía asistir a clase en la Universidad Central donde estudiaba el preuniversitario de jurisprudencia, y viajaba a esa hora en la esperanza de llegar a la gran ciudad con las primeras horas de la noche a fin de evitar cualquier contratiempo con hampones y malvivientes que a esa hora pululaban por la estación de La Cumandá.

En efecto, desde la terminal de pasajeros debía encaminarme por las estrechas callejuelas de esa ciudad colonial, apenas alumbradas por agonizantes farolas de la época que no acababan de disipar las tinieblas de la noche y donde siempre sobrevivía algún rincón oscuro, rumbo a la estrecha habitación que compartía con un primo y otro amigo de mi pueblo.

Y así estaba viajando en uno de los asientos de la mitad del carro, cuando vi que se subían al vehículo, en una de las últimas paradas urbanas, dos chicas de unos 20 años aproximadamente y llamativamente vestidas que llevaban de la mano a una niña de aproximadamente nueve años. Vi que se acomodaron en los asientos a mi costado y yo, volví a la lectura de mi libro, tratando de leer entre el bamboleo y las brascas sacudidas del viaje.

Me sumí de tal manera en la lectura que, como me sucedía siempre, ya no estaba en el carro de transportes, sino en algún lejano paraje viviendo alguna extraordinaria experiencia que el autor del libro describía, tan ausente del mundanal ruido, que cuando el chulío me sacudió bruscamente para cobrarme el pasaje, me sobresalté tal si me hubiera quedado profundamente dormido.

Le pagué los tres sures del pasaje, dispuesto a volver a sumirme en la lectura, cuando el cholo se volvió al asiento donde estaba solamente la niña.

Los grandes ojos negros de la niña se abrieron desmesuradamente por el desconcierto y el miedo, pues el cobrador empezó a exigirle que le pague el pasaje. Era una niña morenita, de pelo negro cuervo, flaca y llorosa, que se sobaba las manitos compungida y desesperada y que solo atinaba a decir.

— Mis primas me dijeron que no me baje del carro, que ya le habían dejado pagando, señor. No me bote.

Y el chulfo despiadadamente le decía que no, que esas putas se bajaron en un descuido y le exigía el pago del pasaje amenazándola con bajarla en medio de la carretera y dejarla allí abandonada.

La niña solo atinaba a llorar.

El resto de los pasajeros, indiferentes veían ese pequeño drama sin inmutarse.

El carro de transportes seguía rodando y ya estábamos pasando la laguna de Yambo, cuando el cobrador de un tirón jaló del brazo a la niña para sacarla al pasillo y llevarla a la parte delantera con el ánimo de bajarla del vehículo.

Entonces, en un arranque emocional, casi sin darme cuenta de lo que decía le dije al chulfo

— Déjala tranquila, yo te pagaré el pasaje.

Y al punto le entregué tres sures de los diecisiete que me quedaban pues mi padre me había dado veinte para el viaje y la subsistencia de esa semana.

El chulfo siguió su camino cobrando a los pasajeros que iban en la parte trasera del ómnibus.

La pequeña se sobó los mocos y las lágrimas y me regresó a ver.

En la profunda negrura de su mirada asustada aún, vi un destello de alivio y tímidamente esbozó hacia mí, una sonrisa de agradecimiento y, como si supiera que yo era el único que la podía proteger al pronto se pasó a sentarse en mi asiento y se quedó quietecita con las manos juntas como en una plegaria, sobre su falda.

El carro traqueteaba bamboleante como camello en el desierto sobre la calzada estrecha que ascendía por la montaña rumbo a la gran ciudad. El viaje duraría todavía unas dos horas y había que resignarse al tedio que vendría, de modo que abrí una vez más mi libro para recoger la lectura en el sitio donde la había dejado.

Y volví a sumirme en el sueño de la lectura.

El carro bamboleaba penosamente en la subida del chasqui, y el frío del páramo cuando ya eran las 6 de la tarde empezó a enfriar el interior del carro. En la hora y media que había pasado desde cuando la niña se pasó a mi lado no habíamos cruzado palabra, y tal vez por ello, poco a poco se había ido quedando dormida arimándose a mi hombro en busca de apoyo o calor.

Y ahora cuando las penumbras de la noche habían llegado, comprendí la magnitud de su soledad y el desamparo en que se encontraba.

Quién será, me pregunté por vez primera. ¿Y cuando lleguemos a la ciudad, por dónde vivirá? ¿Cómo hará para llegar a su casa?

Menudo lio.

En fin, es una niña de ciudad, sabrá llegar a su morada, me dije. Y al punto me sentí irritadamente avergonzado.

Cómo va a hacer una niña tan pequeña, para llegar a su casa desde la Cumandá, a no ser que viva allí mismo, me dijo mi conciencia.

Y así, de traqueteo en traqueteo, molido a empujones por los baches del camino, finalmente entramos en la estación de La Cumandá del Quito de finales de los años sesenta. En la hondonada donde se encontraba la terminal de pasajeros, los buses pululaban en un desorden descomunal y nuestro carro tardó un poco en estacionarse. Cuando lo hizo, todos los pasajeros nos apresuramos a enrumbarnos a nuestros hogares.

Y allí estaba yo, con una niña desconocida cuyo nombre no conocía ni quería conocer, y sin saber qué mismo era lo que iba a hacer.

— Por dónde vives niña, le dije.

— Por el Panecillo señor, me dijo con una voz apenas audible.

— Qué, en el Panecillo? Pero eso está lejísimos, riposté.

— Si, pero yo conozco el camino. Su voz tenía un cierto aplomo y seguridad que me hizo mirarla con detenimiento.

Sin embargo, solo pensar en subir a la famosa loma del Quito colonial de esa época, y a esa hora de la noche, algo pasadas las siete, me puso a temblar por el temor al peligro que nos expondríamos.

En el Quito de aquella época, para poder empezar a ascender al Panecillo, desde la Cumandá donde nos encontrábamos, teníamos que cruzar el famoso puente de La Ronda y luego dirigirnos calle arriba hasta la avenida 24 de mayo, nombradísima arteria vial donde pululaban ladrones, borrachos, proxenetas y prostitutas que eran los amos de la noche.

En mi fuero interno, ya había tomado la decisión de llevar a la niña hasta su hogar. Pero también decidí que necesitaba la compañía de alguien más para la aventura que estaba por empezar.

De modo que empecé a caminar con la niña en el rumbo hacia la casa donde rentábamos una habitación con mi primo, y que quedaba justo al salir del Arco de Santo Domingo, en una vieja casa colonial que crujía con cada paso de camión por la calle, sacudiéndose como perro de lanas y al cual después de los primeros sustos, había terminado acostumbrándome.

Se negó. Me dijo que era una completa estupidez aventurarse por semejante sector donde lo menos que me podía pasar era que me asaltarían, me golpearían y hasta quien sabe terminaría asesinado y botado en cualquier zanja del lugar.

La niña a mi lado me apretó fuertemente la mano tal vez temerosa de que, ante semejantes perspectivas pintadas por mi pariente, terminara por dejarla sola.

Pero yo ya había tomado una decisión y no me apartaría de ella por ninguna razón por valedera que fuera.

De modo que volvimos a la calle.

Yo caminaba un poco más seguro, equipado con mi vieja chamarra de montañista y con mis botas de campaña, donde había al costado de la pernera, un estuche para un cuchillo mil usos.

Cuando llegamos a la 24 de mayo los dos teníamos hambre y nos metimos en el restaurante donde regularmente me alimentaba después de llegar o antes de ir a la universidad donde estudiaba la carrera de Derecho.

La nena comía a trompicones, confiada y ya más serena.

— De aquí para adelante yo conozco el camino, me dijo con la cabeza gacha.

— De veras? Le dije.

— Claro, a la vuelta de la esquina se empieza a subir y de ahí solo tenemos que seguir recto hasta llegar a la planada, y más allacito nomás está mi casa.

Le dije entonces que apurara comiendo pues para entonces eran pasadas las ocho de la noche.

Don Abelardo, el dueño de la fonda, cuando le pagaba me preguntó que de dónde había sacado a esa niña y le narré sucintamente lo que había pasado y a donde me dirigía.

El buen hombre puso una cara de susto que me bajó un poco el ánimo, pero haciendo de tripas corazón salimos al comienzo de la aventura.

En efecto apenas saliendo la nena me señaló la esquina donde debíamos doblar y empezar a subir la cuesta empedrada. La calle se perdía en la oscuridad de la noche como una larga serpiente, iluminada de vez en cuando por un mortecino poste de luz que luchaba por disipar las tinieblas.

Increíblemente, a pocas decenas de pasos de haber empezado la ascensión, el tráfago de la ciudad se fue diluyendo poco a poco hasta pasar a ser un runrún lejano, y nuestros pasos resonaban en la calle, mientras las casas coloniales, vetustas, oscuras y silenciosas iban quedando atrás.

La noche era fría y amenazaba lluvia. Pocos transeúntes se cruzaban con nosotros y parecía no importarles nuestra presencia pues pasaban con la cabeza gacha y sin, aparentemente, mirarnos.

Llevábamos unos veinte minutos de caminata cuando en una esquina, bajo la luz del poste, como a unos treinta metros de distancia, divisé las sombras de tres personas que se hallaban conversando, las manos en los bolsillos de sus chaquetas y moviéndose nerviosamente zapateando el suelo, posiblemente por el frío que hacía.

Observé como nos miraron desde esa distancia y como se quedaron observándonos mientras nuestros pasos nos acercaban cada momento a ellos. Finalmente, sin mirarlos a la cara, los rebasamos y avanzamos lentamente hacia la cumbre de la montaña, donde aún no estaba la Virgen actual, sino un túmulo recordatorio de la famosa olla del panecillo.

Llegados a la planicie que hay en la cumbre, la última farola del último poste de luz finalmente dejó de alumbrarnos. La calle se había terminado y la niña enrumbo por un chaquiñán que medio se divisaba en la penumbra de luz que llegaba de la lejana ciudad.

Pregunté.

— ¿Está segura de que es por aquí?

— Sí señor, ya mismo llegamos, dijo en voz baja.

Los altos matorrales seguían sucediéndose mientras avanzábamos y a unos cincuenta metros más o menos alcancé a divisar una luz titilante que aparecía y desaparecía en medio de las puntas del pajonal.

— Esa es mi casa, dijo la niña.

Menos mal, pensé, ahora se acabará la angustia de los padres de esta niña.

Y en mi fuero interno me alegré de haberme aventurado a regresar a esta niña al seno de su hogar y un profundo orgullo por lo que estaba haciendo.

Ahora me empezaron a llegar los sonidos de la casa.

Música pasillera con la voz desentonada de algún cantante misterioso. Risas y sonoras carcajadas de algunas personas que aplaudían la ocurrencia. El viento de la noche me trajo el fuerte olor de aguardiente, chicha y cigarrillos que salía del interior de la vivienda.

Ya en el dintel de la desvencijada puerta de la casa vieja, por donde se escapaba la luz a través de las hendidias de las paredes de madera, la niña me dijo

— Ya váyase nomas señor.

— No, espera que vaya a llamar para entregarte a tu mamá, le dije.

Al punto con mis nudillos di tres golpes a la puerta.

La música cesó. Las voces callaron

— Quién es? dijo la voz media cascada de una mujer.

— Yo, contesté.

— Quién yo?

La voz era cautelosa y mostraba recelo. La puerta seguía cerrada y las voces seguían calladas.

Entonces la niña dijo.

— Mamá, soy yo, abra la puerta.

De golpe, la puerta se abrió y observé a una mujer de unos 40 años, trigüeña, de melena sucia y despeinada que vestía una falda de tela gruesa y se cobijaba con una chalina anudada al cuello que se plantó frente a nosotros.

Yo empecé a decir

— Estaba sola en el carro que veníamos a Quito ...

Cuando la mujer agarró violentamente del brazo a la niña y de un empujón al tiempo que cerraba la puerta, la aventó dentro de la casa.

Yo me quedé parado por un minuto en el mismo sitio. Perplejo y medio asustado. Adentro la niña empezó a llorar y las voces de los hombres cobraron vida. Las risas volvieron y apagaron el llanto que había oído.

Nadie salió.

Todavía por un tiempo más permanecí en el mismo sitio, sin saber qué mismo esperaba, hasta que, finalmente empecé a desandar el camino.

Lentamente al principio y con todas las preguntas del mundo sobre mi cabeza, el camino de regreso parecía más largo de lo que recordaba.

Por los momentos que había vivido en esa vetusta choza, imaginé que ese antro era alguna cantina perdida en la montaña.

— Bueno, me dije, la gente tiene que ganarse la vida de alguna manera.

Pero al punto, la intriga por la actitud de esa mujer que ni siquiera preguntó nada por la ausencia de su hija, ni agradeció que la devolviera, me hicieron cuestionarme si había hecho bien en devolver a ese angelito al antro del que, tal vez había tenido la oportunidad de escapar.

Ya estaba en los límites de la penumbra que llegaba del primer poste de luz del regreso y miré mi reloj.

Las diez de la noche. Cómo corría el tiempo.

Aceleré el paso mientras una llovizna pertinaz empezó a caer.

— Bien, me dije. Así no me cruzaré con ningún malviviente en las calles de regreso.

La bajada se inició y mis pasos resonaban huecos en el túnel que formaban las viejas casas del barrio del Panecillo. Volvían muy apagados y en crescendo los ruidos de la ciudad que a esta hora empezaría a quedarse desierta.

Y mi corazón y mi alma se encogían a cada rato con el llanto que había escuchado de aquella niña, de aquel ángel perdido que yo había devuelto al infierno.

Y así llegué finalmente a la gran arteria citadina de la 24 de mayo.

Nadie me atacó. Ningún borracho o mariguanero pareció reparar en mí. Era como si fuera invisible.

Finalmente, sobre las 11:45 de la noche llegué a la habitación donde vivíamos los tres amigos.

Mi primo y nuestro amigo dormían.

Entré, cerré la puerta en silencio me desnudé y me metí en la cama. Cansado, emocionalmente agotado, con mil preguntas sin respuesta y millones de suposiciones en mi cabeza.

¿Qué hubiera pasado si la niña no me encontraba a mí?

Por qué a la madre, si caso lo era esa mujer, ¿le importaba poco saber dónde había estado la niña?

¿Qué era esa casa, una cantina, un prostíbulo? Cuál será el futuro de esa niña. ¿Debo volver con luz del día para indagar algo más?

¿Por qué me había tocado a mí vivir esa aventura?

Finalmente debo haberme quedado dormido y la luz de un nuevo día alumbró la ciudad.

Mi primo me dijo

— Que loco, arriesgaste la vida de gana, menos mal que no te pasó nada.

No preguntaron qué había pasado, ni tampoco dijeron si habían estado preocupados por mí o peor les importó saber por el destino de la niña.

Pero yo les dije.

— Debí estar loco, es verdad, pero qué hermosa locura es ésta que me permite sentirme tan realizado, por haber enfrentado los peligros de la noche en semejantes andurriales y haber podido regresar a esa niña a su hogar.

— Siempre serás un idealista, dijo mi primo.

Y punto.

Han pasado muchísimos años. El joven que era yo rememora a estas alturas de la vida, los momentos que viví.

Si Dios la cuidó y creció y se hizo mujer, si tuvo hijos, tal vez ahora será abuela.

¿Recordará el episodio que narré?

El ángel perdido fue mi prueba de bondad y empatía con la sociedad. Me descubrió el camino a seguir con respecto al ser humano. A fin de cuentas, aprendí que naces para servir no para servirte de los demás. Y que finalmente, no esperas que buenas acciones tengan más reconocimiento que la satisfacción de tu conciencia.

Mi ángel perdido, finalmente sirvió para encontrar mi camino.

Y punto.

Wilson Culcay

Wilson Culcay nos invita a reencontrarnos con la esencia profunda de la identidad cultural a través de un relato que entrelaza memoria, tradición y sensibilidad humana. Su cuento, construido con un lenguaje claro y emotivo, revela la riqueza simbólica de los pueblos y las huellas que deja el tiempo en cada historia transmitida entre generaciones.

Con delicadeza y fuerza a la vez, el autor explora los vínculos entre comunidad, territorio y pertenencia, iluminando aquellos detalles cotidianos que conforman el corazón de la vida cultural. Este libro es una celebración del patrimonio inmaterial, una ventana a las voces que resisten al olvido y un recordatorio de la importancia de preservar la narrativa propia de cada pueblo.

Más que un cuento, es una invitación a mirar con nuevos ojos nuestras raíces y a reconocer en ellas la belleza y la sabiduría que sostienen nuestra identidad colectiva.

